

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO HUMANISTA CRISTIANO Y ESCRITOR COMPROMETIDO

José Jiménez Lozano es un gran escritor, narrador y periodista de raza, poeta intenso e inclasificable, ensayista cristiano comprometido, y, para algunos, el escritor español más cervantino de todo el siglo xx. Forjado en el norte de Castilla, siempre renovado en formas y contenidos ha cultivado todos los géneros literarios. J. Jiménez Lozano, Premio Cervantes 2002), como Miguel Delibes 1993) y Francisco Umbral 2000), es un símbolo señero de la excelente generación de escritores que son los mejores embajadores de Castilla y León.

Teófilo Aparicio López, OSA •

I. EN MI REFUGIO DE ALCAZARÉN

Alcazarén es un pueblo cercano a la ciudad de Valladolid. No tendrá más allá de ochocientos habitantes. Está metido entre pinares y, avenado por el Eresma, tiene sus buenos pastizales, y es rico en patatas, remolacha y tomates, sin que falten sus hectáreas de secano y algunas vides.

En tiempos pasados, allá por el año 1140, la infanta Dña. Sancha dio esta villa al Obispado de Palencia, y los Reyes Católicos le conce-

* Teófilo Aparicio López es agustino, doctor en Filosofía y Letras, periodista y Académico Correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de Valladolid.

dieron privilegios en 1482. Finalmente, el Rey Felipe IV la vendió el año 1654 a D. Gerónimo Mendiola y Guevara.

En esta histórica villa vive retirado, estilo monje, este escritor y novelista famoso, Premio Cervantes, que es y se llama *José Jiménez Lozano*. Con todo, tenemos que decir que nuestro escritor no nació en Alcazarén, sino en Luanga, pueblo de la provincia de Ávila, el año 1930.

Es licenciado en Derecho y Filosofía y Letras por la Universidad de Valladolid y Salamanca, habiendo ejercido periodismo en Madrid. A la sombra y protegido por Miguel Delibes –El autor de *Camino* fue quien le presentó al premio «Cervantes»–, ha sido redactor y director durante algún tiempo de *El Norte de Castilla*, en este género literario destacó como periodista durante el Concilio Vaticano II.

Especializado en la investigación sobre Historia de la Iglesia, tiene en su haber una obra muy interesante, titulada *Meditación española sobre la libertad religiosa*, y ha llevado a cabo estudios sobre el sentimiento anticlerical español. *Cartas de un cristiano impaciente* –aparte de que nos definen bastante su persona–, son el mejor exponente de cuanto venimos diciendo y donde estudia la actual problemática religiosa en España

Como ensayista, cabe destacar *Guía espiritual de Castilla*, que a su debido tiempo estudiaremos, y que fue publicado en 1984. Obra suya es también *Ávila*, que vio la luz pública ya en 1988.

Su obra narrativa es extensa, y títulos como *Historia de un otoño*, que publicó en muy temprana edad –año de 1971–, *El sambenito*, demuestran a las claras sus muchos conocimientos de temas religiosos relacionados con las monjas de Port-Royal y sobre la Inquisición.

Una de las mejores y que hemos de analizar con gozo es la titulada *El grano de maíz rojo*, con la que consiguió el Premio de la Crítica. Otros títulos: *El santo de mayo* y *El mudejarillo*, que lo lanzó al público en 1992, año en que publicó asimismo un libro de poesía titulado *Tantas devastaciones*.

El año 1988 fue galardonado con el premio «Castilla y León de las Letras», por el conjunto de su obra, y por el mismo concepto consiguió el «Premio Nacional de las Letras Españolas».

2. ESCRITOR DE GARRA Y COMPROMETIDO

José Jiménez Lozano ha huido siempre que ha podido y siempre que le han dejado del ruido literario. Cuando en cierta entrevista le preguntaron qué le parecía la «avalancha de reconocimientos tardíos», respondió con una gran sencillez y llaneza:

– Bueno, los premios y las distinciones son gratuitos, un regalo. No es un concurso-oposición, ni tampoco se lo deben a uno. Por eso siempre hay que agradecerlo y tratar de honrarlo.

Le preguntaron igualmente si le asustaba entrar en una nómina como la del *Cervantes*, con nombres tan importantes. A lo que contestó que no es entrar en una nómina. «Está ahí uno junto a la gente que... bueno, es un honor, pero nada más.»

Nuestro polifacético escritor no se queda con ningún género literario. Si uno quiere contar una historia —dice—, tiene que escribir una novela. Si ve un fulgor, si ve una cosa que no tiene un argumento, entonces es un cuento. Y esa otra expresión, esa otra fulguración quizá muy marcada por las imágenes, y por el sentimiento... eso es poesía. Yo no me considero poeta, claro. Ese es un género que he tocado con las manos, y que a lo mejor no debí publicar nunca, porque era más bien para casa.

Para Jiménez Lozano lo que da el periodismo es una visión de la sociedad muy interesante, por lo menos la daba. Y todo lo que enriquece a un escritor, desde el punto de vista que sea, es aprovechable.

Cuando le preguntaron por el dolor y la desgracia humana, ¿a qué conclusiones se llega?, respondió con la misma sencillez de antes:

– Pues que somos muy poquita cosa, claro, pero muy grandes a la vez. Aquello de la casa pensante de Pascal, ¿no?... Somos una casa que el viento agita y que se seca con un poco de sol. Pero, sin embargo, tenemos la razón, tenemos sentimientos muy importantes, y, por lo tanto... El mundo nuestro está mediado por los medios de comunicación, entre otras cosas, y los medios de comunicación tienen sus servidumbres. Parece que las cosas que nos podían alegrar no son las noticiables, precisamente. Pero sigue habiendo gente, como ha habido siempre, magnífica. Nos enteramos de lo que hacen los canallas, casi siem-

pre porque son noticia. Pero no creo que tengamos que renegar del género humano.

Finalmente nuestro premio Cervantes cree que hay que meterse en la piel de los personajes, porque no hay otra manera. Tiene que ser así. Eso mismo le pasa al actor. Si usted reconoce al actor que está ahí, en el teatro, pues mala cosa. Pero en la literatura es peor, porque, si usted habla, en vez de hablar el personaje, y siente, en vez de sentir el personaje, pues es usted el protagonista, en novela no hay estilo, no puede hablar lo mismo un arriero que una princesa, es imposible. Y lo que tiene que hacer el escritor es sacrificar su yo y ser una temporada, pues... lo que sea. Y luego repasar, a ver si uno ha dirigido o ha sesgado las cosas. Y eso es lo que se tacha.

Y pone el ejemplo de Boris Pasternak, el cual decía que cuando uno lee un manuscrito suyo, propio, y dice: «Esto no lo he podido escribir yo», eso es lo que debe dejar. Y lo demás lo que debe quemar, porque se le puede ocurrir en cualquier momento. Eso ¿de dónde ha venido? Pues nunca se sabe. Pero que se lo han dado al escritor... es seguro. El escritor casi todo lo recibe. Lo que tiene que tener es unas ciertas antenas, y eso quizá sea un don, como el que mete goles. Pero se le da todo. La realidad lo da todo, ¿de dónde va a sacar sino el mundo? No se puede crear nada, se tiene que sacar de algún sitio, es evidente. Y entonces no hay más remedio que salir de uno mismo.

3. PREMIO MIGUEL DE CERVANTES

En la noche del 4 de junio de 2003, José Jiménez Lozano, maestro ya de periodistas y de novelistas, poeta también —aunque él diga otra cosa—, recibió un multitudinario homenaje con motivo de sus gozosos setenta años. Presidió el acto, que tuvo lugar en la Residencia de Estudiantes, José María Aznar, el cual lo situó como referencia obligada de la tradición liberal cuando el liberalismo no estaba bien visto.

En este acto el escritor abulense, pero afincado en tierras vallisoletanas, defendió la conciencia de lo castellano, del castellano y de lo marginal.

Entre latines y candiles, de Spinoza a Pascal, fascinado por la marginación y la soledad en relación a una cultura «tan escasamente española en estos momentos», Jiménez Lozano, el escritor que ha sabido

diagnosticar «La ronquera de fray Luis y otras inquisiciones», hizo cuentas consigo mismo ante el numeroso público que le escuchaba atentamente.

En aquellos tiempos de posguerra –dijo– aprendimos «la hipocresía necesaria» en relación al orden social, político o religioso. Porque sabía y sabían cuánto sufrimiento arrastraba a Elena, «esto es la razón y la sinrazón de la guerra civil. Se escuchaban entonces frases como: «es mejor callar»..., «si yo hablara»...

El autor de *La salamandra* entendía que lo trágico resultaba indecible entrellanos de víctimas y verdugos. «Hoy carecemos de historia memorable –añadió–, como decía Walter Benjamín, aunque nuestra última cultura sólo desea echársela de encima para que todo resulte como si no existiese.»

José Jiménez Lozano relata la historia con palabras que remiten a la leyenda, «que es el árbol de la vida, para la vida y la esperanza».

Y esa leyenda debe mostrarnos el cielo y el infierno del purgatorio del mundo. Desde el comienzo rapsódico del conocimiento, el autor de *El grano de maíz rojo* confesó que pertenece a una generación que aprendió cantando la tabla de multiplicar, las montañas, las geografías y hasta los latines. Frente a tantos «autismos culturalistas de ayer por la mañana», el hombre y el periodista forjados en «El Norte de Castilla» recuperan la estática de lo pequeño. Y propone que los que no hayan tenido historia sean traídos al ombligo de la historia. Y del mismo modo su maestro fray Luis de León fue reprochado por su lenguaje carnal, nuestro escritor mantiene que sólo sabe la lengua «que me enseñaron mis amas», y no le importa otra gramática que la que al nombre nombra.

Venido de una tradición cristiana, abierta y absolutamente tolerante, el autor de *El mudejarillo* se sentía extraño ante la joven capacidad española para la diferencia. Pero no se sentía extraño de ser español: «Me siento español –dijo entonces– de la única España que hay.»

Admirador de sus abuelos de la *Institución Libre de Enseñanza*, de «Port-Royal», afrancesado confeso, apasionado de la Literatura desde Pirandello a Kabawata, a Jiménez Lozano se le debe la creación del Partido Jansenista. «A raíz de una encuesta –dijo expresamente–, en vez de decantarme por los torys anarquistas, estampé el jansenismo.»

Por todo ello, pudo decir en aquella solemne ocasión: «Mi conciencia es marginal y de soledad porque me fascina el ocultamiento.»

Nuestro Premio Miguel de Cervantes 2002, Jiménez Lozano, ha sido fiel a sí mismo al reivindicar el valor de la palabra auténtica y rechazar la baratija hueca, «porque en la escritura nadie es grande por su estilo, sino por su gramática».

En el elogio al propio autor de *El Quijote*, dijo que están en él «la dignidad y la palabra de los más sencillos y de los seres en desgracia».

Tal es el misterio de la literatura –dirá– que es el alzar vida con palabras hasta de un cuerpo muerto.

Cervantes debe ser incluido en ese pequeño número de genios verdaderos; y por su obra entera se ha convertido en símbolo de España.

A propósito de nuestra patria, en su discurso, Jiménez Lozano dirá que «las grandes horas de España, como las de cualquier civilización y empresa del espíritu, siempre de la corriente del uso se separan y desgajan. De la tensión y entrecruce de pensares, sentires y vivires, de la España de las tres leyes –única en Europa– y de la interior aventura de los conversos –que es un hecho mayor en la cultura europea, porque ahí nace la conciencia no del yo cartesiano, sino del yo existencial y vividero– se origina el más alto esplendor de nuestra hermosura literaria, en toda la enorme provincia misma de la Hispanidad y en las comunidades adonde se da aún la pervivencia del judeo-español, que nuestra ánima lleva y preserva».

De hecho, sus personajes más grandes son los humildes, los inconformistas y los desatendidos.

Por lo que la ministra de Cultura entonces, Pilar del Castillo, bien pudo decir que en los libros de José Jiménez Lozano no encontramos ninguna especie de virtuosismo pagado de sí mismo. Y el Rey de España dijo también que «sus artículos son ejemplo de claridad y profundidad de pensamiento y, a la vez, hondo y ameno».

A Alcazarén, pueblo donde habitualmente reside nuestro escritor, llamó la señora ministra el día 12 de diciembre de 2002 para confirmarle que le había sido concedido el máximo galardón de las letras españolas. Entonces el silencio quedó roto, como quedó roto en Langa

Ávila), donde comenzaron a llegar más y más periodistas, fotógrafos y cámaras de televisión.

Jiménez Lozano no se lo acababa de creer. Poco amigo de ceremonias, aguantó pacientemente el posado fotográfico de rigor, mientras su perro Otto saltaba de alegría en medio de tanto barullo.

«Pocas deliberaciones tan cordiales, libres, claras y sin tensiones como ésta.» Fue lo que dijo García de la Concha en la rueda de prensa, como presidente del jurado.

Y el secretario de Estado de Cultura, Luis Alberto de Cuenca, señaló que «el jurado era plenamente soberano y no ha habido presiones de ningún tipo».

Jiménez Lozano ha entrado en la galería de los grandes, la misma a la que pertenecen también Miguel Delibes –paisano y amigo que presentó su candidatura al Cervantes–, Jorge Guillén, Francisco Umbral, Alejo Carpentier, Jorge Luis Borges, Gerardo Diego, Juan Carlos Onetti, Octavio Paz, Alberti, Carlos Fuentes, María Zambrano, Augusto Roa Bastos, Adolfo Bioy Casares, José Hierro y Álvaro Mutis...

El también escritor y novelista vallisoletano Gustavo Martín Garzo piensa que una de las cosas que más le gustan siempre de Jiménez Lozano es «esa capacidad para transformar el mundo de los libros en algo cercano e íntimo, refiriéndose a sus escritores preferidos como miembros de esa familia espiritual, tan discreta como incitante, en todos los lectores del mundo.

Puede que, como buen agustiniano, tenga una visión pesimista de la Historia; pero nunca hasta el punto de ser infiel a la vida, rehuyendo la celebración de su belleza. Es esa corriente secreta de alegría lo que más amo –dirá Martín Garzo– en su obra y en su amistad.

Y cuenta que una vez le preguntó qué es lo que más le gustaría volver a vivir, y que le contestó sin dudarle un instante: «La pureza y alegría de mi infancia, los sueños de mi adolescencia.»

Martín Garzo está seguro de que, entre esos sueños, no estaría el de llegar a recibir el Cervantes. Pero está bien que haya sido así, ya que los sueños más hermosos son los que se cumplen sin haberlos buscado.

Eduardo Keudell, en un hermoso artículo, comienza: «Salud, Jiménez Lozano, Premio Cervantes 2002. He ahí una vida, un camino, una coherencia, en fin.»

Por toda respuesta, cuando el agraciado se enteró de la noticia, dijo: «A lo mejor con este premio unos cuantos descubren lo que hago.»

Es posible. Pero la verdad es que sólo a medias, pues nuestro escritor es bastante conocido en los círculos literarios. De hecho, él dirá también que hay que apostar por un lector «al que no hay que tratar como un bobo», dudando de que el premio sirva para hacerle más popular.

Y lo cierto es que España, como dice Victoriano Cremer, se puede enorgullecer porque el Cervantes 2002 haya recaído en Jiménez Lozano, porque no se puede pedir más a un escritor que ha cultivado todos los estilos literarios.

O como diría también González Quesada, «es un referente, un autor que está en continuo movimiento vital, que adapta su obra a los días tal y como pasan, porque no se ha quedado anquilosado en formas y contenidos».

José Jiménez Lozano, o si se quiere mejor, el Premio Cervantes 2002, que le ha sido otorgado «es el galardón a un símbolo claro de la excelente generación de escritores que son los mejores embajadores de Castilla y León, un ejemplo de literatura que ofrece los rasgos de las gentes».

Cuando le llovieron las felicitaciones, consciente de que sus libros abordan temas «difíciles», este hombre sencillo y amable se emocionó para defender que «siempre he escrito –declara a la letra– lo que honestamente estaba pensando, y si alguien piensa que es duro de leer, que se aguante o que lo deje».

Él apuesta por la lección de Cervantes. «Escribir claro, poner una cosa después de otra, y no hacer virguerías, que los adjetivos se coman a los nombres o cosas raras.» En definitiva, «no se puede hacer una cosa barata de algo que es complejo».

Por eso nuestro escritor se toma su tiempo para descansar de las llamadas telefónicas y disfrutar de «un azúcar con café», al tiempo que habla y juega con sus nietos. «Que me dejen un rato –exclama– y vuelvan a llamar más tarde»; pide a la esposa desde la mesa camilla con brasero que preside su salón y en la que conversa sin prisa ni final.

Miguel Ángel Cortés, tan vinculado a Valladolid, secretario de Estado de Cooperación y Relaciones con Iberoamérica, nos dice que «dicho premio es un reconocimiento a un hombre de letras y a un amigo, a toda una trayectoria profesional. Valladolid está demostrando ser una buena tierra para la literatura».

Con este premio Jiménez Lozano ha consolidado el estrecho vínculo entre Valladolid y este galardón, el más importante de cuantos se conceden en las letras hispánicas, desde que en 1976 el poeta Jorge Guillén, nacido en la ciudad del Pisuerga, ganó la primera edición.

Esta relación con el premio que lleva el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra, Vecino de Honor de Valladolid, donde residió entre 1603 y 1609, se acentúa en el diario «El Norte de Castilla», de cuya redacción han salido los tres restantes galardonados ligados a la ciudad: Miguel Delibes (1993), Francisco Umbral (2000) y José Jiménez Lozano.

No seríamos justos si omitiéramos el juicio y elogio a la vez del citado y gran novelista Delibes, el cual declara que José Luis Jiménez Lozano «es un gran escritor en prosa y en verso. Tuvo un momento de narrador sólido y exclusivo, que estuvo a punto de ganar el Nadal varias veces por los años sesenta. Posteriormente se mostró como poeta, un poeta revelador de su intimidad, escueto y profundo, que sorprendió a los que creían en él. Su última etapa se caracteriza por el cultivo de la novela corta, donde los temas religiosos, bíblicos, la naturaleza y la muerte son tratados a menudo...

Influido por Julien Green, Peguy, Bernanos o Simone Weil, escribió una serie de artículos en «El Norte de Castilla» –donde se dio a conocer– y «Destino», que con el título de *Cartas de un cristiano impaciente*, nos mostró una cierta disconformidad con el catolicismo imperante hace unos lustros para reencontrarse con él en el «aggiornamento» de Juan XXIII, con el cual se identificaría plenamente.

La alta calidad de sus libros se hace evidente en cualquiera de sus escritos.

4. ESCRITOR COMPROMETIDO

José Jiménez Lozano se dio a conocer como escritor castizo, por los años sesenta, por su asidua presencia en varias publicaciones periódicas.

cas españolas. Sus artículos llamaron en seguida la atención, tanto por su agudo sentido crítico como por el amplísimo horizonte cultural al que hacían referencia.

Escribió luego algunos ensayos importantes, como *Los cementerios civiles y la heterodoxia española*, sobre judíos, moriscos y conversos, temática ésta que le ha apasionado siempre, y *Los ojos del icono*, junto con varias novelas que le hicieron ya famoso, tanto por su estilo, llano y conciso, como por la temática religiosa que en ellas trataba.

En un magnífico artículo de la tercera de *ABC* viernes 13 de diciembre de 2002), dejaba estampada esta larga frase: «Ya hace mucho tiempo que las nuevas iglesias parecen naves industriales, o, como mucho, salones para asambleas populares o para tomar el té, y las viejas han sido acomodadas incluso serrando altares y haciendo mil transformaciones de retablos y pinturas hasta conseguir el estilo cuarto de estar apañadito y limpio.

Sin duda que el Premio Cervantes 2002 es un escritor, narrador y periodista de raza, que ha sabido arraigar en su tierra castellana una obra muy singular, que siempre compaginó con sus colaboradores en *ABC* y en «El Norte de Castilla». Poeta inclasificable, intenso, sus ensayos han fundamentado la importancia de nuestra historia de mestizaje espiritual para entender el presente.

José Jiménez Lozano es, sobre todo, un escritor comprometido, en ese mismo artículo se atrevía a decir: «¡Quién sabe si mañana mismo quizá se celebre la Navidad en unos grandes almacenes, aunque sólo sea para poder ver allí un Portal de Belén! He conocido algunos ciudadanos soviéticos que iban de visita todos los domingos al Museo del Ateísmo, porque allí, en medio de caricaturas religiosas, más bien un tanto espesas y primarias, se podía estar ante un icono, que con su belleza, por lo demás, se comía toda aquella basura, y podían rezar ante él, incluso desgranando, luego a la vez, toda la nomenclatura y glosa de obligado uso a propósito de la composición, los colores, las líneas, los estilos, y el momento de producción artística, en medio de la ignorancia y de la alienación medievales, como quería, y creo que sigue prescribiendo, la dogmática en estos asuntos.»

Arremetía luego contra la ignorancia, la incuria, el mal gusto, «un cierto negocio», y la pura bruticie de los jacobinismos del XIX y del XX entre nosotros; espléndidas hermosuras han sido destruidas y arruina-

das; e incluso como programa artístico de demolición del arte y del mundo antiguos y sus perversidades propusieron los señores surrealistas esta destrucción y firmaron varias ardorosas proclamas para que se liquidara ese detestable arte antiguo y sus no menos detestables contenedores en nuestro país; e incluso les pareció escasa la barbarie llevada a cabo ante sus ojos.

Los disparates quedan en ridículo en *Carta a un cristiano insumiso* ¿Cómo encajar tan sugerentes disparates? Se pregunta nuestro escritor. Se trata de dos «jóvenes ancianas», de la buena sociedad, muy cultas, que viven en una pequeña ciudad provinciana y son muy respetadas por todos y hasta se puede decir «consentidas» por sus excentricidades, pero que a partir de ellas juzgan el mundo contemporáneo y desean corregirlo a su modo. «Son disparates, desde luego, como disparate es la cultura y el cristianismo rebelde de su autor. Pues, además, todo este juicio y todas estas posibles correcciones no son ni implacables ni crueles, su “terrorismo” es sobre todo alegre y humorístico y viene teñido, bañado —y a su vez, corregido— por considerables toneladas de piedad.» Hay mayor disparate que el de entregar una vida por los demás?...

El empleo de la sátira ya era algo habitual en la obra de Jiménez Lozano; pero en *Carta de un cristiano insumiso* la sátira se ha convertido en humor; mejor dicho, en alegría, una tierna y universal alegría que suaviza y dulcifica la enorme capacidad de rebelión que a la vez encierra.

Rafael Conte no llama a Jiménez Lozano «un cristiano impaciente», sino «un cristiano insumiso», porque confía más en los márgenes, la heterodoxia y la rebeldía, que le confieren la necesaria «falsabilidad» para que su fe siga adelante en la libertad y en la humildad, y huye sin parar no tanto de los dogmas como de la posibilidad de blandirlos o enarbolarlos contra nadie.

Y termina diciendo que «lleva ya una larga carrera a las espaldas, casi medio siglo de trabajo, como si clamara siempre en el desierto»¹.

En el libro de nuestro escritor, breve, casi fábula, *El viaje de Jonás*, José M.^a Pozuelo Yvancos llama la atención sobre el hecho que le parece más significativo de esta obra: está aparentemente construida para

¹ CONTE, R., *Carta de un cristiano insumiso*, en *ABC Cultural*, 6 de junio de 1999, p. 11.

ser una obra menor, un divertimento, apariencia a la que no es ajena su tonalidad burlesca. Pero sería un error de lectura quedarse en la superficie externa. Por debajo late una reflexión muy original y, por cierto, de enorme actualidad sobre la figura del intelectual y las fuerzas en pugna para convertirlo en mero mensajero del poder ².

Sin duda que esta excelente fábula, con su elogio de lo pequeño –Jonás se cree un profeta pequeño– y de la vocación apartada del poder quiere ser homenaje al intelectual que sigue «la escondida senda de los pocos sabios que en el mundo han sido», que diría poéticamente fray Luis de León.

Como escritor comprometido, Jiménez Lozano dirá que «un narrador es alguien que mira el mundo y a los hombres y carga con toda la memoria de ellos para que nada del hombre se pierda».

Hasta tal punto es así, que Carmen Rodríguez Santos cree que sin duda, con admirable tenacidad y la ambición propia de los creadores de raza, éste es el propósito que ha presidido la trayectoria de José Jiménez Lozano, desplegada en un sinnúmero de artículos y más de una treintena de títulos, que abarcan prácticamente todos los géneros.

Y como ejemplos, nos recuerda *Meditación española sobre la libertad religiosa*, *Los ojos del icono*, *Guía espiritual de Castilla*, sus diarios: *Los tres cuadernos rojos*, etc.

Precisamente en sus diarios, *Los tres cuadernos rojos*, ha dejado escrito lo siguiente: «Desde luego, cuando se escribe, no se piensa en nada; quiero decir en ninguna otra cosa que en lo que se está haciendo: en ver y escuchar, y en plasmarlo. Pero no sólo hay que purificar la fuente, como diría Mauriac, sino las intenciones, los motivos de la escritura hasta tornarla del todo gratuita.»

Jiménez Lozano es uno de esos escritores que, «desde la vida ha forjado su propia vida, y desde el lenguaje ha forjado su propio lenguaje». Ideas, perfiles y conductas, reveladas desde un lenguaje acendrado y exclusivo, sin afectación.

Su creatividad –ha escrito Elena Santiago– acerca lo próximo y acerca lo que no se ve, todo ello existencia. Es su palabra quien nos

² YVANCOS POZUELO, J. M.^a, «Un profeta pequeño», en *ABC Cultural*, 14 de diciembre de 2002, p. 13.

lleva de la mano en tan diversas materias, tesis, argumentos, opiniones y necesidades, siempre desde la clarividencia.

Ante todo cuanto ha ido abrigando su obra. Comedido donde había de hallarse lo comedido. A puertas abiertas, sin recelo, a cuanto requiriese ser aireado ³.

El lector de sus artículos se ha enriquecido cada vez con una lectura donde el autor se expone y se compromete con el mundo de hoy y el de otros tiempos y culturas, porque su intento es alcanzar el fondo, lo más interior, sin perder de vista cuanto abarca esa búsqueda de la razón y lo auténtico de cada tema o situación encontrada. «Logra Jiménez Lozano, mediante el equilibrio y su atención y conocimiento, decir que el mundo, hoy tan distinto, guarda conjuntamente un mundo de siglos. Desde el paraíso ya jugaba la realidad y jugaba el hombre a ser y no ser, a estar y no estar, a creerse eterno y morirse cualquier día.»

Nuestro escritor y articulista vive y siente, en su rincón de Alcazárén, una vida escondida, donde encuentra su pulso y el pulso de sus cosas. Su soledad sonora y colmada de libros. Su tiempo es palabra. Sus libros y su existencia respiran en la sensibilidad.

Nuestro Premio Cervantes es un intelectual independiente y sencillo, comprometido con la libertad y con el hombre, abierto al mundo y la literatura. Con su estilo conciso e irónico entronca con los clásicos más notables de Castilla y León.

Martín Garzo destaca su faceta de escritor completo que se mueve con facilidad, rigor y tensión por todos los géneros, y el fuerte sentido del hombre implicado que destila su escritura. «Hoy sus obras –añade a la letra– deberían ser lecturas recomendadas por su alto grado de compromiso. Hablan de un mundo amenazado, un mundo humanista, de emociones, que celebra la alegría y la belleza. Su obra siempre comienza donde termina el discurso del poderoso.» ⁴

El historiador Julio Valdeón Baruque le califica de «cristiano impaciente». Y le recuerda de los años de Universidad, en que resultaba maravilloso escuchar sus opiniones sobre los más variados asuntos.

³ SANCONTE, R.; YVANCOS POZUELO, J. M.^a; GO, E., y TIAGO, E., *El tiempo de José Jiménez Lozano*, en *Diario de Valladolid*, 13 de diciembre de 2002, p. 6.

⁴ MARTÍN GARZO, G., en *Diario de Valladolid*, 13 de diciembre de 2002, p. 7.

Escucharle era sinónimo de aprender. Pero a la vez, debido a su sabiduría y a la libertad de expresión que manifestaba, era una persona difícil de ubicar en un terreno concreto, lo que explica que fuera odiado por unos y adorado por otros.

Victoriano Cremer declarará: «Es un escritor de la cabeza a los pies.» Y se mostraba orgulloso y satisfecho por el premio dado «a un hombre que admiro. Su valor humano, más allá de su dimensión literaria, es incalculable, pero es que, además, su poesía es grande, sus novelas fenomenales, los ensayos estupendos, y es un maestro en el periodismo. Sin duda es, junto a Delibes, nuestro escritor más grande.»⁵

Para algunos es probablemente el escritor español más cervantino de todo el siglo XX, algo que en su obra se manifiesta en la difícil profundidad y la sencillez de la trascendencia. Es, asimismo, el más ortodoxo de los escritores heterodoxos, o acaso viceversa, y su predilección por los marginados, sociales y culturales refleja un humanismo sincero y alegre que cobra entidad filosófica y ética a través de la densidad comprometida de su prosa.

Finalmente, César Alonso de los Ríos dirá que, como escritor, ha sido sobre todo un mediador entre la cultura de los siglos XVI y XVII, entre los hombres de aquellos tiempos y los de ahora y, sin duda, eso ha sido la razón por la que Jiménez Lozano comenzó tarde como narrador.

5. ENSAYISTA Y POETA

Experto en todos los géneros, José Jiménez Lozano cultiva también y con mucho acierto el ensayo. Sin duda que, como uno de los grandes conocedores y estudiosos de la mística española y asimismo un gran conocedor de la tierra castellana y su lenguaje, nos ha dejado entre sus ensayos más importantes *Nosotros, los judíos*, y *Un cristiano en rebel-día*, que viene a ser algo así como una meditación española en voz alta sobre la libertad religiosa.

Otro de sus ensayos que llamó mucho la atención es el que lleva por título *La ronquera de fray Luis y otras inquisiciones*, en el que se mete a fondo con la Inquisición Española, exagerando acaso sus «desma-

⁵ CREMER, V., en *Diario de Valladolid*, 13 de diciembre de 2002, p. 7.

nes» y no atendiendo debidamente al problema objetivo y a lo complejo que era todo aquel entramado de judíos conversos a la fuerza, o para evitar ser llevados a la hoguera.

Como poeta, él piensa que la poesía se hace siempre para uno mismo y al sol que alumbra nuestro jardín. Si es poesía, iluminar, luego, ella misma, incluso una lóbrega cárcel o la tristeza de un patio de vecindad.

En este aspecto cuenta con poemarios titulados: *Tantas devastaciones*, *Un fulgor tan breve*, *El tiempo de Eurídice* y, últimamente, *Elegías menores*.

Sobre el particular, Víctor García de la Concha, al tiempo de comentar *Tantas devastaciones*, señaló que bien podía leerse dicho poemario en clave de testamento lírico, por cuanto a la vez que agavillaba sus preocupaciones ideológicas fundamentales descubría la naturaleza lírica de su mirada de escritor.

Familiarizado por sus investigaciones, con mudéjares, judeoconversos y demás familias de cristianos bajo sospecha inquisitorial, Jiménez Lozano encarna el espíritu de aquellos hombres que, retirados del mundo, buscaban resguardo y consuelo en «los estudios nobles»⁶.

Un fulgor tan breve se le desbordó a su autor desde el hondón de su alma:

«Para esto escribes tú, confíesalo,
para que tus sueños te liberen de la muerte»;

nace impregnado de otoño, del que en otro poemario escribiré estos versos:

«Encendidas alamedas del otoño,
neblinas matinales;
los dientecillos del rocío,
pájaros pensativos, hojas muertas,
días tan fugaces! En la noche,
enciendes tu candela, y esperas.
¿Qué otra cosa
podrías hacer, si sólo eres
un hombre?»

⁶ GARCIA DE LA CONCHA, V., *Un fulgor tan breve*, en *ABC Literario*, 1995.

La mirada lírica de nuestro poeta consiste en un ver las cosas en sí desde la total desnudez del ojo que las contempla:

«Mira el agua cuando está tranquila...
No otra cosa,
ni más ruido, ni luz,
no más nada: agua piel de agua.»

Es ahí, en la serenidad del simple existir —señala el autor citado—, sin accidentes, donde Jiménez Lozano capta una belleza cuya verdad última está paradójicamente ligada a la fragilidad: «Bella es la rosa porque es mortal.»

Concebidos los hombres como integrantes de una rueda de condenados, se encuentra en este libro una serie de poemas que nos descubren el revés de un retablo de maravillas. «Dante, como mentiroso reportero, caminando impasible sobre huesos calcinados; el príncipe Hamlet, divertido ante el dilema de ser o no ser; Richelieu, magnífico en el poder, pero esclavo de su estreñimiento... Y frente a ellos, Juan de Yepes entre los atemorizados mudéjares de Fontiveros; Lammenais, muriéndose de frío por no molestar a los gorriones de la chimenea; o, en fin, Teodoro Momsen, concededor de todas las andanzas de Sócrates y perdido, en cambio, en las calles de su ciudad:

«Así que se hundió en los libros y no quiso emerger a la vida, ni recobrar su memoria.»⁷

En fin, que —como remata nuestro admirable académico— seducido por cuantos a lo largo de la historia han luchado por la libertad del espíritu, Jiménez Lozano recrea como pocos la atmósfera del tiempo interior. Y lo hace convirtiendo cada poema en un cuadro plástico, que es a la vez un tratado de humanismo.

Es lo que hace en la presentación de *Elegías menores*, donde explica que hay un poema en este libro en torno a la memoria del antiguo poeta griego Leónidas, que era inmensamente pobre, y en un poema se nos pintó a sí mismo desaconsejando a los ratones rebuscar en su cabaña, porque allí nada encontrarían, en el poema de este libro, Leónidas

⁷ JIMÉNEZ LOZANO, J., *Un fulgor tan breve*, edita Hiperión, Madrid 1995, p. 57.

se decide a nutrir a esos ratoncillos con fastuosos banquetes descritos en otros versos, porque, para nombrar el mundo y que se alce de verdad, se escriben los poemas.

Pues bien, de esto precisamente trata *Elegías menores*, cuando nombra a los pájaros o a la noche, una memoria, una melancolía o una desazón y un recogimiento: rezumar un cierto frescor y refrigerio como los cántaros que también están en sus páginas. No tienen otra escuela.

He aquí, para regusto del lector, el poema aludido:

«El poeta Leónidas,
pobre de solemnidad solemne,
aconsejaba a los ratones abandonar su cabaña,
en la que nada encontrarían:
ni papel con sus versos.
Pero luego se los recitaba por la noche el poeta
—versos sobre succulentos banquetes en palacio
con pastel de queso como postre—,
y los ratones se mostraban inquietos.
Él les decía: Si no os quitan el hambre,
es que no son versos excelentes,
falta algún acento, sobra un adjetivo.
Y corregía.»⁸

La poesía lírica de Jiménez Lozano es así:

«Enciende la candela, y mira
cuán extensa es la sombra
de este pequeño libro.
La llama te revela
lo que no está ahí escrito,
la parte del silencio.
Este adentro
sólo lo muestran las candelas.»⁹

Quizá no se atreviera; pero Jiménez Lozano es un poeta tardío, que sólo en los últimos años se ha decidido a publicar sus versos. Yeats dijo

⁸ JIMÉNEZ LOZANO, J., *Un fulgor tan breve*, Ed. Pre-textos, Madrid 2002, p. 88.

⁹ *Íbíd.*, l. c., p. 196.

que ningún hombre puede realizar una obra como la de Homero o Shakespeare si no cree que su alma es inmortal. Nuestro poeta podría haber añadido que ningún hombre puede leer plenamente, ni dar una respuesta responsable al misterio de la belleza si no se decide a abandonar el mundo de lo más inmediato y verificable, enfrentándose al racionalismo escéptico con el único arma de la palabra. Esa dimensión teológica del lenguaje es lo que nos ofrece la poesía. Y José Jiménez Lozano lo expresa con maravillosa candidez en uno de los poemas breves de esa auténtica joya que es su librito sobre los pájaros, el poema se titula *Evolución*, y reza así:

«Pequeño gorrioncillo,
has sido dinosaurio.
Te doy gracias
por ser ahora tan minúsculo.»

Así es la poesía de Jiménez Lozano, el lenguaje de la intimidad y el recogimiento: volver el mundo minúsculo, hacer de cada cosa ese *aleph* que, conteniendo la realidad entera, quepa en el hueco de nuestra mano.

6. EL REBELDE NOVELISTA CRISTIANO

6.1. Historia de un otoño

Cuando uno lee —y he leído casi toda la obra narrativa de nuestro Premio Cervantes—, en seguida le vienen a la memoria los nombres de Bernanos y de Graham Green. Sin hacer comparaciones ociosas, sí que hay que decir que sigue de cerca a estos autores y que trata de seguir sus pasos en bastantes de sus novelas.

En esta línea, tal vez ninguno como él, en nuestro tiempo ha sabido interpretar la actualidad intemporal de una de las grandes tragedias históricas, culturales y espirituales donde se funda la cultura francesa moderna.

Sus páginas sobre el inmenso drama de la abadía de Port-Royal iluminan de manera muy viva y muy honda una página capital de la cul-

tura espiritual moderna, y se leen, en francés, como una obra maestra de sensibilidad y sabiduría.

Las páginas de Jiménez Lozano destacan por su luminosa simplicidad, su claridad diáfana y ejemplar. De Ahí el respeto con el que fueron saludadas. Respeto que no ha dejado de crecer y consolidarse.

En tiempos de crisis y valores de una volatilidad permanente, la obra toda del gran escritor castellano ha sido saludada una y otra vez como un monumento de sencillez iluminada. Su ironía gozosa oculta una sabiduría crítica que tiene rarísimos paralelos: de ahí la seducción francesa; desde París se percibe como algo maravilloso que uno de los mejores y más sabios lectores contemporáneos del jansenismo y del drama de Port-Royal sea un gran escritor castellano, concedor emérito de la mística castellana.

Las palabras que anteceden se las debemos a J. P. Quiñonero, corresponsal de ABC en París, y yo las traigo aquí como juicio adelantado a la novela titulada *Historia de un otoño* ¹⁰.

En su día, S. García Díez escribió que lo que hemos dado en llamar novela católica no puede definirse como novela de tesis, ni novela apologética. No se trata en ella de demostrar la verdad del dogma, ni siquiera el valor de la moral. Es otra cosa. Son unos hombres o mujeres enfrentados con la gran pasión de Dios. El desgarramiento —y aquí radica la capacidad de expresión artística— se establece entre pecado y gracia, fe o negación, aniquilación en la cruz o exaltación pagana. Al menos éstos fueron los grandes temas de Bernanos, Julien Green o Graham Greene.

¿Por qué en España —se pregunta— fuera del agónico Unamuno, no triunfó nunca este tipo de novela? Posiblemente porque el Protestantismo, con su tensión entre libertad y predestinación, no acampó nunca en nuestra geografía. Lo nuestro fue Molina y su «ciencia media» ¹¹.

¹⁰ JIÉNEZ LOZANO, J., *Historia de un otoño*, Ediciones Destino, Barcelona 1970.

¹¹ Luis de Molina, teólogo español, nacido en Cuenca en 1535 y muerto en Madrid en 1601. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1553. Enseñó Filosofía en la Universidad de Coimbra y Teología en Évora. Retirado a su ciudad natal, publicó sus cursos de Teología, en 1600 fue llamado a Madrid para enseñar moral en el colegio imperial de la corte. La exposición de sus doctrinas fundamentales se encuentran en su obra *Concordia liberi arbitrii cum gratiae donis, divina praescientia, praedestinatione et reprobatione*, cuya edición provocó una larga controversia teológica y dio también lugar al llamado *Molinismo*.

Tirso condenó al asceta Paulo por desconfiado y salvó a Enrico, el bandolero, por un simple acto de arrepentimiento final. Este tipo de novela había decaído últimamente. De ahí nuestra sorpresa e interés ante *Historia de un otoño*, de Jiménez Lozano.

Y añade más adelante: Port-Royal ha sido siempre un tema literario, desde Pascal y Racine hasta Montherlant, con su pieza teatral de este mismo título ¹².

La historia del Jansenismo es uno de los capítulos más interesantes y atractivos de la Historia de la Iglesia Moderna, en la segunda mitad del siglo XVII.

Jansenio, obispo de Ypres (Holanda), nacido en 1585 y muerto en 1638, universitario de Lovaina en un momento en que esta Universidad era centro y teatro de violenta pugna entre los agustinianos, discípulos de Bayo, y los jesuitas, se puso de parte de aquéllos, y con él su condiscípulo Duvergier, futuro abad de Saint-Cyrant, quien le llevó a París y después a Bayona, donde dirigió el colegio del obispado. Durante tres años los dos amigos, en riguroso retiro, estudiaron a los Santos Padres, especialmente a San Agustín, y planearon llevar a cabo una reforma de la Iglesia... Es autor del famoso *Augustinus*, publicado dos años después de su muerte (1640), con lo que formó escuela y dio nombre al Jansenismo.

La doctrina del *Jansenismo* va estrechamente unida a Port-Royal. José Jiménez Lozano ha querido ofrecernos –tal vez con poca fortuna– la historia novelada de unas monjas empeñadas en no firmar el «Formulario» (se afirmaba en él que la obra de Jansenio contenía una serie de errores), y el cardenal de París, intentando lograr el término medio entre la interpretación excesivamente rígida del Cristianismo y una visión acomodativa de éste, y al fondo Versalles, con su rey, Luis XIV, que no puede soportar lo que esas mujeres representan de acusación, testimonio y desafío a su autoridad omnipotente.

Por encima de todos los personajes sobresale la M. Du Mesnil, junto con el cardenal arzobispo de París.

Quedan magníficamente retratados y parecen seres vivos, a quienes sentimos cercanos porque su drama es eternamente actual.

¹² GARCÍA DÍEZ, S., «Historia de un otoño», en *Reseña*, n. 46, junio 1971, p. 336.

Incluso el citado García Díez considera como un logro «ese hieratismo con que el lenguaje nos traduce las palabras y las figuras de las monjas. Hay algo en sus figuras que recuerda la mascarilla de Pascal. Es cierto que el estilo tiene como un sabor de diez años atrás. Pero eso no supone necesariamente un defecto».

Si comparamos esta obra con la del citado Metherlant, advertimos de pronto que el cardenal Noailles es más hombre que el cardenal Perefíx; y las dudas de la M. Du Mesnil más vivas y palpitantes que las de la M. Angélica.

El cardenal que retrata Jiménez Lozano –Luis Antonio de Noailles– representaba unos cincuenta y cinco años y encarnaba el arquetipo de príncipe de la Iglesia. Aristocrático, dueño de sus movimientos, rostro ovalado y pronto a la sonrisa y a la ironía, pero, a la vez, de una contenida gravedad. Algunas canas sobre la frente contribuían a afirmar esta última condición y sus manos, manos perfectas de eclesiástico y de aristócrata, eran blanquísimas y resultaban casi coquetas, al resplandor de la gran amatista de su anillo episcopal o cuando jugaban con la cruz pectoral y los botones de roja sotana, pero si, con ellas, sostenía el báculo o apuntaba con su gesto un punto de doctrina, se tornaban duras, poderosas, como si sostuvieran el mundo ¹³.

Su secretario, el P. Vivant, que ahora le acompañaba, era hombre más joven, pues no llegaba a los cuarenta.

Monseñor deseaba visitar el jardín donde descansaban los restos del gran Racine.

Estaba justamente al lado del abate Giraust, cuyo epitafio decía que jamás dijo la misa.

Es una tremenda lección la del abate Giraust –dijo el cardenal–. Fue un hombre honesto, amigo del cardenal de Retz, en su juventud, galante y extravertido. Un día, ante el reclamo de un beneficio, se hizo sacerdote, pensando que no tendría que renunciar a demasiadas cosas, ni siquiera a sus bellas amantes. Pero cuando celebró su primera misa y fue esclarecido por el abate de Saint-Cyran, se percató del camino que había escogido: esa vida terrible del sacerdote por la que usted y yo también hemos optado.

¹³ JIMÉNEZ LOZANO, J., «*Historia de un otoño*», l.c., p. 10.

Ante el retrato de la M. Angélica, el cardenal exclamó:

«Asombrosa mujer. Pero he oído que su muerte fue terrible.»

Jiménez Lozano cae en el error de exponer la doctrina jansenista y los excesos a los que llegaron muchos de sus seguidores.

Un solo párrafo lo dice todo: «El cardenal calló. Había oído decir, en efecto, que estas monjas de Port-Royal y sus señores teólogos y confesores no se distinguían precisamente por el culto a Nuestra Señora, aunque no se lo negaran, naturalmente. Y se decía también que no había imágenes de la Virgen en el monasterio hasta que un día, durante la atroz agonía de una monja que se sentía literariamente devorada por Dios, se tuvo que llevar junto a su lecho esa maternal sonrisa. Se aseguró entonces, aunque no era cierto, que algunas monjas se habían suicidado, acorraladas por la Majestad de Dios, como se decía que se suicidaban muchos pastores luteranos. Desde aquel día la Madre de Dios presidía el sueño de aquellas sus esposas, y una lamparilla ardía siempre ante su imagen, como ante el Sagrario. Pero el cardenal no quiso decir nada de esto a su secretario. Habían llegado al locutorio y, a poco, entró la priora, la M. Du Mesnil ¹⁴.

La entrevista con la comunidad adolece del mismo defecto señalado arriba, aunque la descripción que hace del encuentro resulta interesante.

—Sois unas cabezotas —les dijo el cardenal en un momento de la entrevista—. Puras como ángeles y soberbias como demonios. He venido a tenderos una mano, a parar la espada de Roma y del Rey, que está pendiente sobre vuestras cabezas, y sólo encuentro en vosotras desobediencia y rebeldía. Preferís vuestro orgullo a los criterios de vuestros superiores...

Por toda respuesta, la priora contestó:

—Dios nos sea testigo de que protestamos de que se nos arranque la Eucaristía, que es la razón de nuestra vida, y de que se nos separe de nuestros señores, teólogos y confesores, y de nuestras postulantes. Pero ya no habrá juez en la tierra que nos escuche.

¹⁴ IBÍD., *l.c.*, p. 15.

Sin embargo, era muy difícil negarse a la voluntad del Rey de Francia. El mismo papa decía en la Bula que no podía rehusarse «a las peticiones de un tan gran príncipe como el Rey de Francia».

El cardenal arzobispo de París lo era porque su Majestad así lo quiso. Le debía la púrpura y el arzobispado.

Era cierto. Pero el cardenal era arzobispo de la Iglesia, no del rey.

Mas su Majestad era ahora tan exigente con la Iglesia como lo era con sus amantes. La peor incontinencia es la del poder.

No hay duda de que el cardenal quería salvar a las monjas de Port-Royal. Era hombre de mundo que veía la vida buena y gustaba de la buena mesa, le encantaban los vestidos delicados, los buenos libros y los bellos cuadros.

Así se lo hacía entender al señor nuncio en la larga conversación que mantuvieron con el asunto de Port-Royal.

Monseñor de Noailles se entrevistó también en Versalles con el rey. ¡Cómo había cambiado Versalles! El clima de mojigatería que imperaba ahora era casi peor que el clima de libertinaje de antaño.

Por lo pronto, había allí una multitud de obispos cortesanos que, como decía Racine, hacían de ese modo su visita «ad limina» más interesante y productiva. Sus diócesis resultaban bastante aburridas, y hasta ellas parecían llegar con mayor parsimonia los favores del Rey Sol ¹⁵.

Algún que otro prelado francés se había atrevido a echarle en cara a su Majestad el abuso de poder:

—«No amáis a Dios y ni siquiera le teméis más que con un temor de esclavo —le había dicho por carta el obispo de Camerai—. Es al infierno y no a Dios a quien vos teméis.

Con todo y con eso, el Rey Sol —el gran Luis XIV—, con toda su majestad revelaba la tristeza de su corazón. Y es que «no hay tejados tan frágiles como los de las casas de los reyes. Se rompen con el aliento, si ese aliento no es cortesano». Llegó a decirle el cardenal arzobispo de París.

¹⁵ IBÍD., *l.c.*, p. 93.

Entretanto, las monjas de Port-Royal estaban pasando su Getsemaní. Y más cuando se vieron obligadas a abrir la clausura con orden de registro.

La M. Du Mesnil –nieta del gran canciller del Rey– se limitó a decir:

–Solamente soy una sierva de Dios y de su Majestad. Podéis pasar, excelencia.

–Registrad los papeles, las habitaciones y la iglesia. Dijo éste.

La priora sonrió al tiempo de entregar el manojito de llaves:

–No temáis nada, señor. No tenemos escondido a nadie, ni nadie nos defenderá con armas.

La orden de dispersión siguió a los interrogatorios con tres horas para prepararse. La M. Du Mesnil iría a un monasterio de Blois.

La priora, al tiempo de subir a la carroza, dijo a sus monjas:

–Hoy es el día de los hombres. El día del Señor vendrá después.

Lo que más le dolió en el alma fue que las tumbas fueron profanadas, al igual que el jardín del cementerio.

Al día siguiente llegó, con el amanecer, un pelotón de obreros y comenzó la demolición del monasterio. Esta vez no quedó piedra por remover, ni tumba que no fuese abierta. La tarea duró varias semanas, y el sacrilegio fue completo.

Hasta aquí lo más interesante de *Historia de un otoño*. Desde el capítulo noveno la novela se destina a la relación manuscrita de la cautividad, en las monjas ursulinas de Blois, de la M. Luisa de Santa Anastasia de Mesnil, priora de Port-Royal-des-Champs.

Como apunta un autor, el fracaso de *Historia de un otoño* está en las largas parrafadas en las que no habla nadie, sino el autor, bien enterado de aquella triste historia. Son descripciones largas que no logran crear ese clima atractivo y ameno que se encuentra en las que escribe, en sus libros, Bernanos. Lo demoníaco y lo erótico no pasan de ser un puro juego de palabras vacías; demasiado sexo, demasiado diablo y demasiada putrefacción. Es ahí, en el ambiente, donde fracasa la novela. Pero es tan fuerte y claro el fracaso que invalida gran parte de la

obra. ¡Qué pena que unos personajes humanos y vivos, a pesar de sus casi trescientos años, no se muevan en otro contorno! Porque indiscutiblemente los términos están bien planteados, incluso a veces con ventaja sobre Montherlant...

En definitiva, un buen tema, logros importantes en un género difícil y pasado, al menos en su tratamiento clásico, pero como obra narrativa, falla en aspectos demasiado importantes ¹⁶.

6.2 El Sambenito ¹⁷

Es otro tema que le va a nuestro autor, ducho en asuntos inquisitoriales, en *El Sambenito* asistimos a las dudas de conciencia —el escritor religioso aparece en casi todas sus obras— que hace surgir el proceso inquisitorial seguido contra Pablo de Olavide en 1778 ¹⁸.

La fuerza dramática —leemos— del relato estriba en el hecho de que nadie de los que intervienen en el proceso es capaz, en su fuero interno, de creer que el acusado es plenamente culpable, pero, por temor, tampoco nadie quiere enfrentarse a la máquina inquisitorial. Y eso que había perdido mucha fuerza ya en el siglo de las luces.

En la página 80 del libro encontramos un párrafo que nos da la clave de todo el espinoso problema: «Y tú, España, ¿por qué tú sola necesitas inquisidores? ¿Por qué es tan difícil ser aquí cristiano? ¿Por qué, España, tus hijos siempre han de vivir con miedo?... ¿Sería mejor la

¹⁶ GARCÍA DÍEZ, S., *l.c.*, p. 336-37.

¹⁷ JIMÉNEZ LOZANO, J., *El Sambenito* Ediciones Destino, Barcelona 1972.

¹⁸ Pablo de Olavide había nacido en Lima en 1725, para ir a morir en Baeza en 1803. Era hijo de padre navarro y de madre criolla. Estudió Leyes en Lima, de cuya audiencia fue nombrado oidor en 1745. Después de muchos avatares y procesamiento por simulación de una herencia, vino a España en 1752. Primeramente residió en la ciudad de Cádiz y posteriormente se trasladó a Madrid, donde también fue encarcelado. Confinado en Leganés, casó con la viuda Isabel de los Ríos, quien le hizo donación de su gran fortuna e ingresó en la Orden de Santiago. Más tarde marchó a Francia e Italia, regresando definitivamente a Madrid, con sus ideas afrancesadas.

Su carrera política se inició después de la caída de Esquilache, organizando al mismo tiempo una tertulia literaria, que fue centro de difusión de las ideas afrancesadas, en 1767 fue nombrado intendente de los cuatro reinos andaluces, corregidor de Sevilla y superintendente de las nuevas poblaciones de Sierra Morena.

libertad de religión? ¿Será mejor rechazar a Cristo para aceptarle con verdadera fe y libertad?»... ¹⁹.

Para el escritor y crítico literario S. García Díez este es el verdadero problema, lo mismo en aquel siglo XVIII que hoy en día. ¿Por qué en España ha de ser difícil todo?...

Al peruano Pablo de Olavide, hijo de un navarro y de una bella criolla, un ilustrado que estuvo al frente de las colonizaciones de Andalucía en la segunda mitad del siglo XVIII, lo está juzgando el alto Tribunal de la Inquisición.

Se trata, por lo tanto, de una novela histórico-religiosa, pues histórico es el proceso e históricos los personajes más importantes del mismo.

Pero ya vamos conociendo al autor del libro: José Jiménez Lozano, además de novelista, gusta de investigar en los rincones más escondidos de la historia de la Iglesia en España. Por lo que se le ha señalado siempre en sus escritos como «un cristiano preocupado y comprometido».

Por eso, cuando escribe novela histórica —como en este caso—, utiliza la técnica del distanciamiento para proyectar sobre una situación y unos personajes problemas actuales.

Lo acabamos de ver en *Historia de un otoño*, pero esta vez con mayor acierto que en el tema de las monjas de Port-Royal.

La Inquisición, la libertad religiosa en España, el problema de las dos Españas que van naciendo en aquel momento, hacen que la elección del tema sea un acierto. Aquí comienza la duda y también la desilusión del crítico al poner fin a la lectura.

Con todo, tenemos que advertir, como algo negativo, que abundan los tópicos y hay mucho de tremendismo en el relato, al tiempo de hablar de lo sexual y poca fuerza política, cuando intenta salir del atolladero y elevarse en el estilo.

Hay un personaje que destaca, como amigo del protagonista, francés de origen, que es el P. Duval. Como destaca también el Inquisidor General, cuya figura no es la del cardenal Noailles, pero sí está bien cuidada por el autor, y que se nos muestra como un alma atormentada por la

¹⁹ JIMÉNEZ LOZANO, J., *El Sambenito*, Ediciones Destino, Barcelona 1972.

duda, quizá por la razón apuntada de que no es, ni mucho menos un «Torquemada», y que, por ende, tampoco acaba de convencer a nadie.

El crítico citado le tira una indirecta a Jiménez Lozano cuando escribe que «hay demasiado Bernanos sin digerir. Hay excesiva tensión».

A medida que avanzamos en la lectura del libro, uno se pregunta por la finalidad de su autor: qué es lo que nos ha querido ofrecer con *El Sambenito*, y qué significa el final de la novela.

«Y este es el fallo más grave. Una novela, para que sea tal, ha de tener un valor por sí misma, como narración, como vida que se transmite en un lenguaje, y no ser una ocasión para proponer unas tesis con las que, por supuesto, estamos totalmente de acuerdo.»²⁰

Tal vez uno de los atractivos del libro estriba en que despierta curiosidad por conocer al colonizador de Bailén y de la Carolina, en plena Sierra Morena, y la historia interesante del reinado de Carlos III en ese momento.

En lo que no estamos de acuerdo con el crítico apuntado es en que lo que ocurrió en España en 1778 tiene vigencia hoy todavía.

Entendemos que se han superado muchos «tabúes» inquisitoriales; se han superado muchos tópicos de los que abunda el relato y creemos sinceramente que el problema que subyacía en aquella época se ha superado, si no del todo, en gran parte.

Después de todo, el prócer peruano fue procesado «por simulación de herencia, deudas y comercio ilegal».

En favor de Pablo de Olavide tenemos que decir que, después de muchos avatares, cárcel incluida, y libre del proceso, aparte de su labor repobladora y experimental en Sierra Morena, como intendente, llevó a cabo una gran labor reformista, en Sevilla montó un salón literario concurrido por el propio Jovellanos) y alentó el teatro poniendo en escena más de seiscientos títulos y creando la primera escuela española de arte dramático.

²⁰ GARCÍA DÍEZ, S., «El Sambenito», en *Reseña*, n. 59 (noviembre 1972) p. 13.

Pero anticlerical y amigo de los ilustrados franceses, atacó con furia las cofradías y la vida poco edificante de determinados conventos.

6.3. La salamandra²¹

Esta novela fue escrita hace ya bastantes años –al igual que las dos anteriores– y cuando su autor, después de leer y releer a los mencionados Bernanos y Grajan Green, iniciaba su tarea favorita: la novela religiosa.

Es de suyo sugestivo, y dice mucho el que comience con un párrafo apocalíptico de Norman Cohn: «La angustia los incitaba a buscar por todas partes jefes mesiánicos, y estuvieron igualmente muy dispuestos a inventar chivos emisarios demoníacos... Y es así como muchedumbres enteras acabaron por vivir, con la energía de la desesperación, los diferentes elementos de su sueño común.»

Y por si el lector no queda enterado de qué va la cosa, añade una breve frase, ésta perteneciente a Michel Foucault: «Por todos lados, la locura fascina al hombre... Sin duda, la locura tiene algo que ver con los extraños caminos del saber.»

La salamandra –se nos dice– es un diálogo o conversación de dos ancianos –hombres del pueblo ambos– que, en un asilo donde ocasionalmente se encuentran, rememoran sus vidas, zarandeadas profundamente por el acontecer político-social y religioso de los últimos sesenta años de vida española.

Uno de ellos –el abuelo Damián, el protagonista– ha intervenido incluso de manera activa en esos acontecimientos, y ahora pasa por el desmoronamiento total de su personalidad y de sus antiguos principios hasta el límite de la locura, como creen los demás, aunque él piensa, por el contrario, que ha hallado el hondón de la vida, removiendo sus agitadas aguas... y ha encontrado la verdad como si hubiera agotado el pozo de la existencia y hubiera visto lo último: una salamandra, indestructible, como querían las antiguas leyendas, y nada agradable o hasta horrorosa de ver, como es la verdad a veces.

²¹ JIMÉNEZ LOZANO, J., *La salamandra*, Ediciones Destino, Barcelona 1973.

El libro concluye con una inquietante pregunta: ¿acabará la atmósfera banal y banalizadora de hoy, aliada con nuestro natural pavor ante los problemas —que, sin embargo, son los que nos definen como hombres al enfrentarlos—, por reducirnos a la inconsciencia, a la pura vida vegetativa y animal, por convertirnos en ovejas contentas de serlo, sin más preocupaciones ni ambición? Porque hay quienes están llenos de terror y prefieren meter la cabeza bajo las alas para no ver la verdad, *la salamandra*.

Uno de los abuelos —el abuelo Andrés—, a las cuatro de la mañana, «ya había dormido lo que podía dormir». Luego venía el duermevela o la modorra, una dulce evanescencia como tierra de nadie, entre la frontera del sueño y de la realidad, frontera sin aduanas, senderos por donde el contrabando era fácil, pero difícil, luego, saber si una cosa se ha soñado o ha ocurrido en este otro país de lo tangible.

El abuelo Andrés contando sus recuerdos de la vida pasada. Sus veinte años de aventuras en su oficio, hasta aquella noche del escándalo, cuando le detuvieron y le llevaron al manicomio.

Por la novela van desfilando nombres de personas «que a sus veinte años ya parecían ancianos, llenos de zorrerías y desilusiones».

Y está también el otro abuelo —el abuelo Damián—, que tenía una cara de El Greco, mientras Tomás tenía una cara de sayón de un cuadro de Breughel.

Unos y otros se cuentan sus recuerdos y días pasados: de cuando la gente decía de Damián que era chico listo y que, como había sido fraile, y se había pasado a la causa, que cuando hablaba de curas bien sabría lo que decía, y que había sufrido mucho en el convento y le habían raptado de niño unas beatas, y otras leyendas por el estilo.

Y hablaba de política, y que todos los males lo permitía y favorecía el clericalismo, que ni unos palmos de tierra hay para los pobres, para que siquiera no sientan angostura de ahogarse en la tumba, mientras que hay tantos sepulcros de nobles y ricos y obispos en las iglesias y los panteones son como palacios, más grandes que sus casas. Ni el último sueño les dejan dormir en paz a los desheredados, que en esta vida tenían que madrugar para ir al rastrojo o con la yunta o a una fábrica, mientras los señoritos y los curas se quedaban en la cama caliente con

sus mujeres, y por la noche había que hacer chapuzas para sacar cuatro perras más, que dormimos menos los pobres que las liebres ²².

Y hablaba de la lujuria del clero, invitando a uno de los presentes a recitar versos profanos.

Como los místicos clericales –añadía–, que siempre están pensando en la lujuria, todo lo ven a través de lo sensual, aunque se trata de enfermos agónicos.

Que la Iglesia era una Babilonia, pero que Cristo era nuestro Redentor y que sólo El podía salvarnos.

Jiménez Lozano –a mi entender– recarga las tintas sobre el tema de la Iglesia, «que no hay quien la entienda», de los curas, los frailes y las monjas. Se comprende perfectamente el lenguaje de entrambos abuelos –Damián y Andrés– protagonistas de *La salamandra*; pero habría que decirle que «ni tanto, ni tan de ello»; o como decían antiguamente en latín –él que sabe de latines–: «Ne quid nimis». Se pasa, se pasa bastante en estos diálogos, que, por otra parte, son sabrosos y se siguen con interés y con cierta hilaridad.

Porque puede que lleve razón en muchas cosas; pero dicho así, por los abuelos, parece generalizar lo que puede ser una anécdota, o lo que es peor, un infundio y mala entraña de los viejos, resentidos por la vida perra que han arrastrado hasta llegar al refugio donde han llegado.

Nuestro viejo charlatán, sobre todo, cuenta cosas que le contaba, a su vez –cuando era todavía niño–, su propio abuelo. Y con ello nos vamos casi a las guerras carlistas, y sin casi al período de la restauración en España en la persona de Alfonso XII y su ministro D. Antonio Cánovas del Castillo.

Pero la lectura es amena y se lee con regocijo. Se nota mucho la influencia de Miguel Delibes contando cuando iban al patatar a regar y había que esperar a que cogiera otra vez agua el pozo. «Que parece mentira que un pozo tan grande y lleno de agua se agote así, con un cigüeñal, pero se agotaba. El hombre lo puede todo. Cubo a cubo, el pozo iba bajando, bajando... Y ya se ve la poza... Y se veía a las salamandras o salamanquesas y a alguna rana equivocada por allí abajo. Y

²² IBÍD., *l.c.*, p. 9.

las salamandras estaban por donde no llega nunca el agua, pero hacía fresco, que no he visto bicho más asqueroso en mi vida. Que decían los antiguos que echándolas al fuego no se quemaban, y no me extraña. Que el fuego es bonito y la salamandra es como el diablo de espantosa...²³.

Los dos abuelos, al final, se hacen un tanto antipáticos, porque no saben contar más que cosas de curas y frailes comilones y fornicarios. Como si la Iglesia de aquellos días no contara con sacerdotes verdaderamente ejemplares, fieles a su vocación de vida consagrada y de servicio a los demás.

Por lo que termina uno un tanto cansado y con ganas de que llegue el final, cuando al abuelo Damián le sacan del dormitorio común, para que puedan dormir tranquilos los demás, pues se había vuelto loco y la había cogido con la religión y los rezos²⁴.

Todos deseaban que al abuelo Damián se lo llevaran de allí, acaso de nuevo al manicomio «y que así podemos dormir más a gusto, que el Tomás éste, si ocupa esa cama del abuelo Damián, no tiene pinta de andar leyendo toda la noche, que un alivio, coño, y que pensaba mucho, además, el abuelo Damián, y eso no puede ser bueno y la había cogido religiosa y ya estaba bien, que vivir es lo que importa, que lo de la religión y los curas, como lo de la guerra, que ya se sabe, que mira cómo acabas si te lo tomas en serio y andas desenterrando muertos, que mañana es sábado y ponen una corrida de toros por la televisión, que a dormir, que no podemos hacer mejor cosa, abuelo Tomás, que buenas ganas tienes de líos y monsergas»²⁵.

6.4. El grano de maíz rojo²⁶

En realidad, se trata de un libro que contiene relatos cortos –como cuentos– y de muy variada factura y contenido.

Lo constituyen treinta relatos, la mayor parte de temática religiosa.

²³ IBÍD., *l.c.*, p. 30.

²⁴ IBÍD., *l.c.*, p. 54.

²⁵ IBÍD., *l.c.*, p. 171–72.

²⁶ JIMÉNEZ LOZANO, J., *El grano de maíz rojo*, edita Anthropos, Barcelona 1988.

Extraña un poco que en ellos intercale dos relatos, uno sobre el célebre Savonarola ²⁷ y otro sobre el filósofo Spinoza.

Son relatos, en su mayoría, que están impregnados de una gran tristeza. Algunos de ellos son hasta trágicos. Lo cual encaja muy bien con el arte y modo de escribir del autor, «que tiende a buscar su inspiración en esa sombría dimensión de la existencia humana, donde se experimenta la desgracia, la injusticia, la violencia y la muerte con toda su crudeza».

Y así van desfilando ante nuestros ojos personajes en situación extrema de acoso y persecución (ajusticiados o fusilados), suicidas o parricidas, personajes deformes o mentalmente disminuidos (el tonto del pueblo varias veces), personas moralmente degradadas como el que extermina a los niños expósitos... ²⁸.

Algunos autores se han preguntado por qué estas preferencias de Jiménez Lozano por lo feo, lo violento y deforme. Y tratan de darnos la explicación, por una parte, «la necesidad de denunciar la opresión y el fanatismo como los males más abominables que el hombre es capaz de causar a sus semejantes de ahí su constante denuncia de la Inquisición española), y, por otra parte, la insobornable defensa de la tolerancia y el perdón como los mejores principios para regular las relaciones humanas, imitando en esto la suprema actitud de Dios para con sus criaturas.

²⁷ Girolamo Savonarola, famoso político y predicador italiano, nacido en Ferrara en 1452 y muerto en Florencia en 1498. Ingresó en los dominicos de Bolonia el año 1475, donde se destacó por su fogosidad, autoridad y pesimismo. Deseaba reformar la Iglesia. Fue prior del Convento de San Marcos de Florencia. Sus ideas políticas eran el resultado de sus proyectos de reforma moral y religiosa. Sus proyectos tal vez fueran factibles, pero su fanático temperamento le llevó a tomar medidas excesivas.

El papa Alejandro VI le hizo llamar a Roma en 1495 a dar explicaciones sobre sus profecías, y luego le prohibió predicar. Savonarola, en lugar de someterse y obedecer, se negó a ir a Roma y siguió con sus violentas predicaciones; lo que provocó su excomunión en 1497. Escribió una Epístola a todos los cristianos, en la que se manifestó abiertamente contra el papado. Propuso a sus adversarios la prueba del fuego, que, al ser aceptada, rehusó, poniendo en su lugar a un monje de su Orden. Enfurecidas las masas, lo apresaron, le colgaron y le quemaron vivo, arrojando sus cenizas al río Arno.

²⁸ BLANCH, A., «*El grano de maíz rojo. Premio de la Crítica*», en *Reseña*, n. 196 (junio 1989) 42.

Es posible que exista en la mente del autor la idea obsesiva –pues se ve en otras obras del mismo– de que contra la prepotencia del poder abusivo de los grandes lo mejor es presentar por activa y por pasiva al hombre como una débil criatura, expuesta precisamente a todos los abusos.

Estudioso del jansenismo, como ya lo hemos podido comprobar en *Historia de un otoño*, y también del puritanismo, en sus múltiples manifestaciones históricas, Jiménez Lozano extrema y está como obsesionado, como fascinado, por los actos y casos que conducen a tales actitudes espirituales. Pero el efecto que pretende causar con esas descripciones trágicas, lentas, de maldición y castigo, producen un total rechazo.

Sin embargo, en favor de esta obra, tenemos que afirmar que *El grano de maíz rojo*, con el que ganó el premio de la Crítica, contiene también bellas y emotivas narraciones –las menos–, donde predomina la sencillez y la sana ironía.

No hay duda de que nuestro escritor disfruta relatando sus historias. Historias que toma por modelo el género de la novela corta.

En resumen –declara Antonio Blanch–, este nuevo libro nos parece digno merecedor de la Crítica por tratarse de un género y estilo narrativos bastante singular, poco frecuentado hoy por nuestros jóvenes narradores, que, sin embargo, ofrece una lectura sabrosísima, tanto por la autenticidad del lenguaje, como por el relieve de los caracteres humanos, esbozados con trazos breves y certeros.

Se distingue igualmente *El grano de maíz rojo* por el mensaje que queda siempre, después de terminar uno cualquiera de sus relatos, aun los más fuertes y desagradables. Con seguridad que tal mensaje es, en la mente de su autor, intencionadamente provocativo y parabólico, que hay que saber aceptar con una inteligencia y una sensibilidad a tono con las de quien lo ha concebido.

Queda apuntado en páginas atrás: «El obstinado interés de Jiménez Lozano en narrar historias muy concretas sobre las desventuras ocurridas a gentes normalmente insignificantes, como resultado de los abusos de quienes mueven la historia oficial, no es el menor de sus méritos, pues expresa una admirable actitud, rica en defensa de los seres más desfavorecidos del presente y del pasado.»²⁹

²⁹ IBÍD., l.c., p. 43.

6.5. Duelo en la casa grande³⁰

José Jiménez Lozano es más conocido, sin duda, por su faceta de periodista religioso y como ensayista sobre temas tan actuales como el ateísmo, la libertad religiosa, la heterodoxia española o los mencionados arriba comentarios civiles.

Su condición de novelista es menos notoria y, sin embargo, lleva publicada una notable obra narrativa.

Duelo en la casa grande apareció en la fecha, ya un tanto lejana, del año 1982, en ella nos cuenta «la muerte de un cacique de pueblo», en cuyo velatorio ocurren hechos insólitos, que permiten una explicación –y, por tanto, una averiguación policíaca– sobre la vida de este personaje central.

Por boca de una serie de tipos populares, y especialmente del sacristán, el enterrador, el ama del difunto, nos vamos enterando de los desmanes y abusos que ese señor «de horca y cuchillo» fue cometiendo con los aldeanos de su triste señorío, al amparo de la guerra civil, de la victoria de los nacionales y de los privilegios de la tradición y de la casa³¹.

La narración está concebida como un trenzado de confesiones o monólogos que, al cruzarse, llegan a dar la sensación de que estamos ante verdaderos diálogos.

Los personajes de la novela van contando hechos y sucedidos de los que ellos mismos han sido testigos. Y los van contando según salen, espontáneos, de un modo desordenado.

Algunos de estos personajes, pobres de solemnidad, no sólo fueron testigos, sino también víctimas de los mismos eventos.

La composición viene a ser, pues, como un coro de voces en primera persona del singular «que expresan vivencias personales, pero que se van convirtiendo, asimismo, en acusatorias del difunto».

³⁰ JIMÉNEZ LOZANO, J., *Duelo en la casa grande*, edita Anthropos, Barcelona 1982.

³¹ BLANCH, A., «La dignidad de los humillados y ofendidos», en *Reseña*, n. 144 (mayo/junio) 7.

Es curioso observar que los mismos acusadores no se presentan tampoco libres de culpa. Todos ellos han claudicado en algún momento de su vida. Se sienten incómodos porque, a lo mejor, han denunciado a su vecino, o admitido el soborno, o están ahora realizando un descarado pillaje, «corpore in sepulto», mientras acusan al difunto.

De este modo el relato se va convirtiendo en un sombrío retablo de miserias humanas: lujuria, superstición, violencia, odio y mal querer en todo el conjunto.

Esto no obstante, el autor trata de comprender a estos campesinos en situación infrahumana. Jiménez Lozano aparece aquí, como ya ha aparecido en otros libros suyos, como, por ejemplo, en *La salamandra*; es decir, como un hombre «obsesionado por el bien y el mal en el mundo», y como que quisiera sentirse embargado por una incontenible conmiseración por los seres desgraciados, intentando hacerles ver que, no obstante su desgracia, siguen siendo seres libres.

Así, ante la desgracia, estos aldeanos no se someten estúpidamente, ni se rebelan con angustiada desesperación, «sino que más bien afrontan la pobreza, el dolor o la muerte —y la muerte está siempre presente en este libro— con una tolerancia y una bonhomía admirables, en cambio, cuando el mal es sentido como resultante de claudicaciones morales, de engaños y de egoísmos ajenos, la tolerancia se convierte en denuncia implacable, o en un desahogo compensatorio, por lo que pretende indicarse que ningún ser humano es en definitiva inferior a ningún otro»³².

Estamos, pues, ante una sátira de la sociedad suave y con su carga de ironía. No es una sátira violenta, ni demagógica.

Nuestro Premio Cervantes nos pinta cuadros de la España negra, sin los aguafuertes de Goya. Son cuadros de costumbres que resultan no sólo aceptables, sino, incluso, algunos de ellos, amables y atractivos.

Como declara Antonio Blanch, consciente o inconscientemente, el autor está aplicando a su escritura los recursos de la ya clásica novela picaresca para mantener un cierto distanciamiento crítico entre la realidad social, que despiadadamente se denuncia, y el estilo caricaturesco y burlón, con que se pinta el cuadro.

³² IBÍD., l. c., p. 7.

Como en los mejores autores de antaño, también en Jiménez Lozano, uno de los más determinantes factores de esta tensión entre fondo y forma es el hecho lingüístico.

Porque, efectivamente, *Duelo en la casa grande* está escrita en un lenguaje directo y espontáneo, que simula deliciosamente el modo de expresión de la gente sencilla del campo, con sus repeticiones y permanentes anacolutos, con sus incisivos de vacilación o de timidez, con sus frases hechas y pintorescos refranes, con sus burlas y veras, sus despropósitos e ingenuidades.

Y algo que no debemos olvidar en nuestro autor: su dimensión religiosa, que no le abandona en ninguno de sus libros. Él es un hombre liberal, pero de profunda fe cristiana. Una fe tan profunda, como inquietante e inquieta. Un poco a lo Unamuno, sabe mirar con un ojo siempre puesto en la otra cara de la moneda, en la increencia, en la herejía, en la negación de lo que tan fácilmente se afirma, con el deseo de purificar por contraste nuestra aceptación del misterio y para salvaguardar —frente al dogmatismo— la libertad en la fe ³³.

Jiménez Lozano no está conforme con muchas cosas de la religión católica. Esto es claro. De ahí que *Duelo en la casa grande* vuelva a los tópicos que ya hemos encontrado y analizado en libros anteriores.

Por eso nos ha hecho meditar la pregunta que se hace el escritor y crítico citado arriba: Ante este sombrío retablo: ¿por qué no muestra el autor, junto a tanto rasgo negativo, alguna fibra religiosamente más luminosa y esperanzada, algún elemento humanamente más plácido y alegre?...

Posiblemente Jiménez Lozano escribe como escribe porque ve a sus personajes tal y como los pinta. Pero sinceramente se muestra muy pesimista y la vida no es tan triste y tiene cosas bellas y dignas de admiración.

Lo que pasa es que él solamente se fija en los marginados, en los débiles, en los maltratados por la fortuna y se vuelca con ellos en una solidaridad admirable que, por otra parte, es indicio de su gran fe cristiana.

³³ IBÍD., *l.c.*, p. 8.

Por lo que *Duelo en la casa grande* puede ser leído como testimonio, vivo y real, de adhesión «a los humillados y ofendidos de este mundo, un alegato en favor de su dignidad, como antes lo había hecho con las jansenistas de Port-Royal o los heterodoxos de otros tiempos injustamente condenados».

6.6. La boda de Ángela³⁴

Confieso que he disfrutado mucho leyendo esta novela de solas ciento cuarenta páginas. Una novela que, en principio, nos puede llevar al engaño.

Este engaño puede estar en que, ante un cuadro –retablo de costumbres–, lo que menos importa es el título, sino el desarrollo de la trama y, más aún, el trasfondo de la misma.

Lo de menos, pues, es *La boda de Ángela*, sino todo lo que la rodea con implacable complejidad en los gestos y las relaciones personales.

El escritor y crítico Santos Alonso ha dejado escrito que la interpretación de *La boda de Ángela* requiere una doble lectura.

Por una parte, la que se presenta ante nosotros, es decir, una obra de estructura casi dramática, donde los personajes, como grupo coral, intervienen en un estilo directo continuado. Los diálogos son, en efecto, omnipresentes y dan al texto una apariencia de pieza teatral con un escenario único.

El autor oculta normalmente más que expresa; de manera que en una segunda lectura podemos olvidarnos del posible cuadro costumbrista montado en el escenario y hurgar más adentro, en sus silencios y en sus guiños, en su proyección simbólica y alegórica.

Mas lo que verdaderamente ocupa el relato –y es el segundo aspecto a considerar– es lo que el narrador va contando hasta la última página del libro a *Tesa*, un personaje ausente del escenario, pero omnipresente en todo, hasta en el desenlace final.

Tesa, ausente, es la verdaderamente protagonista del corto relato. Sin embargo, la historia en sí misma es un cuadro costumbrista en el

³⁴ JIMÉNEZ LOZANO, J., *La boda de Ángela*, edita Seix-Barral, Barcelona 1993.

que juegan un papel importante los gestos, las palabras y su sonoridad, recursos entrevistados, la naturaleza y las pequeñas cosas que circundan los hechos.

El peligro que corre la lectura de este breve libro es que se nos escape esa segunda lectura y que su proyección simbólica y alegórica se nos vaya de las manos.

Por eso Santos Alonso escribe con cierto recelo que tal vez parecerá pretencioso por su parte ver en este retablo de personajes una imagen de la España actual que se va abriendo paso entre los restos de la España de siempre, que se niega a desaparecer y se empeña en mantener su estado, pero en este sentido es representativo el personaje de la madre del narrador, tipo humano autosuficiente y rígido en sus convicciones excluyentes, que no acepta posturas disidentes o distintas ³⁵.

La boda de la joven Ángela importa poco. Lo que importa son las razones, las causas, los motivos y, sobre todo, las actitudes humanas frente a cuestiones tan elementales como el poder y la sumisión, las creencias religiosas, que no podían faltar en una obra de Jiménez Lozano, la hipocresía, la autoridad de los mayores y los intereses creados que nos recuerdan mucho a D. Jacinto Benavente.

Y todo ello escrito en un estilo fluido, sencillo, de frases cortas, sabrosos diálogos y monólogos reflexivos, que nos recuerdan mucho al estilo del maestro Miguel Delibes.

El escenario es una finca familiar en donde se encuentra una ermita-oratorio, donde va a tener lugar la ceremonia nupcial. El narrador va relatando la llegada de la gran familia y también la de los invitados, algunos de ellos con relieve especial en las finanzas y en la política, a los que cede en seguida la palabra. «El concurso de las voces y, sobre todo, sus comentarios, informan paso a paso no sólo de los motivos de la boda o las dificultades económicas de la familia, sino también del deterioro y decadencia de toda una estirpe añeja.» ³⁶

Los principales personajes están pintados de modo magistral por el narrador, en su correspondencia con Tesa, la gran ausente del drama, o mejor de la comedia que se han montado sus familiares, venidos a

³⁵ ALONSO SANTOS, «La boda de Ángela. Un pequeño retablo», en *Reseña*, n. 245, p. 30.

³⁶ *IBÍD.*, *l.c.*, p. 30.

menos, mientras ella vive feliz en el convento y se entera de cuanto está ocurriendo en torno a la boda de su sobrina Ángela.

El narrador cuenta los momentos inmediatos de la boda a Tesa. Hay un personaje que destaca en medio del retablo como figura central del mismo: es *mamá*.

Ella es la que sustenta el mundo, y antes de que ella apareciera era como si todos estuviesen en una cacería, o reunidos para un baile de disfraces, o el rodaje de una película. Lita le había dicho:

–No te hagas esperar mucho.

Y ella le había contestado:

–No te preocupes, no me haré esperar gran cosa.

Pero ya se sabe lo que ocurre en esta clase de personas: Naturalmente, se hizo esperar más de la cuenta.

Desde la ermita de la finca se veía bien la carretera, que iba a la general. Los invitados a la boda de Ángela andaban con la mano puesta sobre los ojos para quitarse el sol de media mañana y tratar de divisar el «Mercedes» de mamá en cuanto entrase en el asfalto, según les decía Lita y su marido, que eran algo así como los anfitriones, los que atendían a todo el mundo.

Corría el mes de abril como un lienzo de colores –le dice el narrador a Tesa–; el verde tierno, que tanto le gustaba, pero también los ocre y los rojos de la arcilla, avivados por la humedad.

Lo de la ermita, según explicaba el marido de Lita a los invitados del novio, había sido un capricho de la «vieja», y entonces aquella tribu de hombres de negocios, notarios e ingenieros navales ofrecía la sensación de comprender. Abrían un poco los ojos y plegaban los labios los hombres; y soltaban una risita las mujeres:

–Es una joya

–Sí –contestaba Lita.

Luego trataban de leer las letras góticas de una de las sepulturas en el suelo: la que tenía el escudo con una flor de lis y un pájaro, pero quedaban desarmados ³⁷.

³⁷ JIMÉNEZ LOZANO, J., «La boda de Ángela», *l.c.*, p. 9.

La novia estaba radiante. Llevaba en la cabeza la diadema de diamantes y esmeraldas de la princesa, que habían llevado en su boda otras mujeres de la familia.

La princesa había sido una actriz, pero parecía una princesa.

Mamá tardó lo suyo en bajar del coche, pues traía un bastón de papá y un ramo de lilas; y el bastón se enredó en el echarpe de seda, y luego se enredaron las lilas, y ella no permitió que le echaran una mano.

El narrador le cuenta a Tesa –su hermana– todo el trajín que se trajeron las mujeres en los preparativos de la boda. Una familia rica en baja forma, con títulos caducados de Bolsa, vales de comités anarquistas, dinero republicano, pagarés de Isabel II o Amadeo I y bulas de dispensas matrimoniales y de ayunos y abstinencia...

La familia tenía un apoderado, D. Julio, que, en vida de papá, se hacía cargo de todo: sabía de números y de fincas, entendía de Bolsa y de escrituras, y había metido los brazos hasta el codo en «la habitación del catastro» para que todo estuviese en orden.

Al narrador le molestaban hasta las cartas de una «tía Mercedes», huérfana y millonaria, casada a la fuerza con un canalla y declarada incapaz por unos jueces. Era la burla de los casinos, conversación en los burdeles, caso de las sacristías y las curias, curiosidad de los salones, y «Dios lo ha querido así, sométase a su esposo» de los confesonarios y los Ejercicios con frailes.

En espera de que venga monseñor, todo son cuchicheos, presentaciones y risitas.

«El novio con el padre de Ángela: zapatos de lagarto, frac y gafas de oro, cara oscura, ojos oscuros, nariz afilada, espesas cejas, corbata color crema, rostro inexpresivo.»³⁸

La novia se parecía a tía Tesa –la monja– el día que tomó el hábito: mamá, llorando; papá, muy serio, conteniéndose, y Lita diciendo:

–¡Como una novia!

³⁸ IBÍD., *l.c.*, p. 35.

Mamá se había casado durante la guerra. Papá se fue al frente y volvió después de año y medio sin un riñón.

Todo son recuerdos, para el narrador, de una familia rica en otro tiempo. Sobre todo las cacerías que se organizaban en la finca. Y los criados, entre los que jugaba un papel importante Luzdivina, que es la que mandaba en todos.

Recordaba las conversaciones en el locutorio, que luego concluyeron bruscamente:

—No más visitas, no más conversaciones vanas. No podemos continuar así. Recuerda el momento feliz del día que pudo entrar en clausura y pasear juntos por el patinillo del convento.

Mamá no sabía nada del día en que tuvieron una visita oscura en los días siguientes. Se estuvo haciendo inventario completo de fincas, casas, valores, muebles, libros, vajilla y hasta del palomar y gallinero.

Los que vinieron: abogados y técnicos tasadores, quizá notarios, eran todos jóvenes, bien vestidos y seguros de sí mismos... D. Julio estaba presente y sonreía.

Jiménez Lozano va dando fin a su relato y emplea aún más la ironía, hasta llegar al sarcasmo con los invitados a la boda: estaban vacíos, banalmente contentos; como en los funerales, después del pésame.

Lita se consolaba con saber que tenían «la mejor cocina de pobres del mundo».

—Así es la vida —se decía Lita.

Los invitados eran casi los mismos que habían acudido a su boda. Eso sí: más gordos y más fofos, los unos; adelgazados por regímenes médicos, los otros; narices más afiladas, manos más huesudas, pasos más torpes, una solidez demasiado pesada en las mujeres, una solemnidad muy estudiada en los hombres; espaldas algo encorvadas, algunas calvas, cabellos grises, plateados, cabellos muy tratados en las mujeres, algunas arrugas no disimulables, más distinguidos, con trajes más oscuros, miradas precavidas, sonrisas más metálicas, dentaduras perfectas, palabras cínicas, ocurrencias que querían ser divertidas, tedio, desencanto, como al final de una representación teatral ³⁹.

³⁹ *IBÍD.*, *l.c.*, p. 109-110.

Y en el bosque cantó el cuco justamente cuando se acercaba monseñor. Toda la familia sabía que aquella boda era el sacrificio de Ángela. Pero ¿qué le vamos a hacer? La vida es así. Repetía de nuevo Lita.

Todo esto se lo contaban mutuamente el narrador y Tesa. Que para eso eran amigos y además hermanos.

A Lita le gustaba meterse en política.

¡Pobre Lita! Cuando encontraba locutor le preguntaba el porqué, con unos ojos de terror y de pesadumbre; de no saber qué decir, ni qué hacer, como cuando quería sacudirse de su matrimonio y evitar el de Ángela, agitándose, corriendo de un lugar a otro, mientras taconeaba como siempre.

A Lita –¡qué bien trazado está este personaje en la novela!– le gustaba el mundo, y protestaba contra los vestidos negros o de colores apagados que abundaban en casa.

Cuando llegó monseñor todo estaba a punto. Monseñor era un hombre guapo, de media edad, alto, con un porte distinguido. Se recogía su sotana con una habilidad femenina y dejaba ver sus calcetines morados y sus zapatos con grandes hebillas de plata. Llevaba un sombrero o teja bordado de rojo como los botones de su sotana y subía despaciosamente. Era un hombre de salón, un monseñor de los de la Rota o los tribunales que casan y descasan, como dijo alguien de la tertulia con cierto sarcasmo.

La frase final del narrador a su hermana Tesa no puede ser más desgarradora:

–Creo que nos hemos arruinado del todo, y con este escándalo de la boda hemos roto todas las amarras con el mundo.

Fue la frase que pronunció mamá cuando llegaron a casa.

6.7. Los lobeznos ⁴⁰

Esta nueva novela es una de las más recientes que ha escrito y publicado nuestro autor.

⁴⁰ JIMÉNEZ LOZANO, J., *Los lobeznos*, edita Seix-Barral, Barcelona 2001.

Ignacio Soldevilla Durante ha dicho que *Los lobeznos* es lo más granado de la añada 2001, en la bodega de este solitario artesano de las letras a la usanza clásica.

Cuando le fue preguntado al autor por Carmen Rodríguez Santoa cómo le surgió la idea de escribir esta novela, contestó que, «tratándose de una narración, lo que veo y oigo es a unos personajes, y también, aunque como en neblina, su historia, y éstos se me presentan en casa; quiero decir en mis adentros. Ahora me sería difícil decir cuándo lo hicieron los personajes de *Los lobeznos*, pero, desde luego, hace mucho tiempo. La novela llevaba escrita unos cuatro años largos, así que hay que poner otros tantos de convivencia con esos personajes. Por lo demás, cualquier historia de un hombre de cualquier, poca puede ser contada»⁴¹.

A Jiménez Lozano no le gustan los disfraces. Por eso esta novela no es una novela en clave, como piensan algunos. Tampoco le gustan los criptogramas, y mala fábula le parece que es siempre la que hace crónica periodística con los nombres cambiados y juega con el lector a adivinaciones. Nunca, además, ha partido de la realidad para fabricar personajes ni lugares.

Cuando la citada periodista le hace ver que muestra una visión bastante pesimista de la política, le responde que lo que tiene es una visión más bien agustiniana del hombre, tanto si está en la política, como si está cuidando cabras. Aunque las circunstancias importan, y quien tiene poder tendrá que defenderse más fuertemente de sí mismo; pero es mucho más preocupante la corrupción de un pueblo que la de sus gobernantes, y la peor corrupción, la intelectual, es más fácil de atrapar en niveles altos. Pero en *Los lobeznos* no creo que haya ninguna queja o moralización contra la corrupción.

En nuestro análisis del libro nos podemos preguntar: ¿*Los lobeznos* es novela histórica; o más bien aparece en ella el concepto unamuniano de «intrahistoria»? Acaso las dos cosas. «El contar pensares y sentires de los hombres —dice Jiménez Lozano—, además de sus acciones, no es cosa de la historia, sino de la literatura. Un narrador atiende a la vida y bucea en los adentros, a través de los vislumbres en los que nos

⁴¹ RODRÍGUEZ SANTOS, C., y JIMÉNEZ LOZANO, J., «Un narrador busca en los adentros», en *ABC Cultural*, 8-12-2001.

implicamos o revelamos, en un simple alisar un lienzo, o una mirada, o un silencio, y el modo de sostener una carta. Y todo esto no para explicar nada, sino sólo para mostrar y contar simplemente.

Y si el protagonista del libro es un personaje trágico, el autor no le ha construido. La construcción de personajes o caracteres estuvo muy de moda y fue muy alabada allá por los años treinta y cuarenta del siglo XIX. Y Knut Hamsun ironizaba, aunque con menos contundencia que luego Faulkner, hacia estas maravillosas albañilerías, porque se trata de construcciones, y los personajes parece que es esperable que sean hombres o mujeres, viejos, niños o jovencitos, y la vida, vida, y no caracteriología.

Y hablando de personajes que entran en *Los lobeznos*, Poldo Vadillo parece que es el único que no traiciona a Leo. Por lo que en la mente de su autor se puede aún seguir teniendo confianza en el ser humano.

Los hombres somos capaces de las mayores bajezas y crímenes, pero también lo somos del amor gratuito y del beso al leproso. Y hasta las dos cosas pueden darse en una misma persona, grandeza y baja. Somos un enigma, y por eso hay literatura y arte; si se nos pudiese explicar a por a y be por be la belleza, y la verdad fuesen también catastrales o expresables en fórmulas, ¿qué podríamos contar?

Al hilo de *Los lobeznos*, el propio Jiménez Lozano está de acuerdo en que de nada humano estamos libres todos y cada uno de los miembros de la humanidad, pero lo cierto es que si en todo escritor podría sospecharse que hay raza de carrerista desde el momento en que da sus escritos a la imprenta, dejándolos así al pie de los caballos, son muy pocos los que se obstinan en un personal combate para que esa raza no pase de hilo insignificante en la tela de sus escritos y no acabe por ser la fibra dominante de su trama y de su urdimbre. De esos pocos ha mostrado ser siempre José Jiménez Lozano, y esto es, quizá, lo que explica que, después de tantos años de publicar novelas, relatos, ensayo y poesía, los colegas se sienten obligados a una presentación que sería sentida como grave ofensa por los ocupantes del estrado de las Letras patrias, de ser ellos objeto de tales introitos ⁴².

⁴² SOLDEVILLA DURANTE, I., «Órdago a la mayor: Los lobeznos», en *ABC Cultural*, 8-12-2001, p. 9.

No se nos debe pasar por alto el que la novela tiene por protagonista y personaje central a un hombre que ha sido ministro durante la dictadura de Franco, o por mejor decir, durante el declive del franquismo, y que, amparado en su fundación y en el grupo de sus más ambiciosos seguidores –los «lobeznos»–, ambiciona alcanzar la jefatura del Gobierno en los años de la transición, para lo que proyecta crear un partido político de centro.

Jiménez Lozano se muestra muy duro –a veces hasta cruel– con la política de estos tiempos. Quizá extreme el pesimismo de que ha hecho gala en otros libros, aunque él diga que es «agustiniano». Quizá exagere el clima en que se mueven los personajes del libro. Ignacio Soldevila piensa que lo hace de intento para responder «a quienes han podido lamentar en su narrativa una cierta dispersión en la multiplicidad de personajes y de motivos en detrimento de la construcción de protagonistas y de temas trabajados exhaustivamente».

También cabe el propósito consciente de que Jiménez Lozano, también él, puede marcarse unos estrechos límites y trabajar en profundidad, de manera que ese lector insatisfecho pueda salir por una vez de su lectura con un hartazgo de protagonismo y proclamar la presencia de una biografía imaginaria de cuerpo entero.

Finalmente, con el escritor y crítico últimamente citado, podemos afirmar que en *Los lobeznos* se oye cada vez menos, hasta casi perderse, «su sambenitado acento cristiano y, cada vez más, los perturbadores trenos del humano impaciente que no necesita ni profetizar».

6.8. Un dedo en los labios

Este nuevo relato de nuestro Premio Cervantes está a caballo de sus primeros libros y del que acabamos de analizar ⁴³. Es breve, como la mayoría de cuantos lleva escritos, y no pasa de ciento cincuenta páginas.

Lo mismo que *Un dedo en los labios*, podría llevar el título de retratos.

Joaquín Marco escribió en su día que su autor es un gran observador de la vida y costumbres que llevan los hombres y mujeres de su tierra.

⁴³ JIMÉNEZ LOZANO, J., *Un dedo en los labios*, edita Espasa Calpe, Madrid 1996.

Sabe leer con sentido político libros tan sagrados como los contenidos en la Biblia. De ahí que muchos de estos cuentos o relatos breves –«micro-cuentos»– nos sean del todo familiares. Proceden de fuentes bíblicas o evangélicas, tratadas con el delicado cuidado estilístico y el tono narrativo que les permite bordear el poema en prosa, sin llegar a la delicuescencia que puede advertirse en algunos textos del simbolismo francés y que aquí tuvieron también sus cultivadores: el más destacado sería sin duda Juan Ramón Jiménez.

El autor «traza en medidas palabras con la oportuna intensidad, con el sentimiento distanciado, aunque a flor de piel, situaciones humanas que pueden o no resultar sorprendentes en sus desenlaces o en algún planteamiento, según se lo reprocharía algún purista»⁴⁴.

Jiménez Lozano domina los recursos de la composición y, sin embargo, sabe disimular su maestría con la difícil apariencia de la sencillez. Estaríamos en «la difícil facilidad» del poeta latino. Las historias penetran en algunas zonas oscuras, donde domina la violencia, el incesto, la traición o la venganza, sirviéndose de un acerado bisturí: «un lenguaje cuidado hasta el perfeccionismo».

Muy hábil, Jiménez Lozano consigue que el narrador combine con maestría el perspectivismo y conjugue puntos de vista hasta convertir escenas que reconoceremos en seguida como propias en nuestra tradición en una complicidad aparentemente ingenua.

En *Un dedo en los labios* encontramos retratos magistrales, preciosos y muy bellos. Como, por ejemplo, el que titula «*La desposada*», que se refiere sin duda ninguna a la Virgen María. Otro relato que resulta gozoso leer es el de «*La Catilinilla*», una mujercita, muy poquita cosa, que en solas dos páginas «su autor ensaya, en un «tour de force», los usos diversos de los diminutivos».

No podía faltar –por lo mucho que llama la atención en el cuadro velazqueño– la «*Mari Bárbola*», sobre la que reflexiona con acierto el autor: «Las gentes no acertaban a pensar para qué quería el rey un ser así tan deforme), y el carretero les contestaba entonces que el rey tenía en su palacio seres de éstos para divertirse, y que, al mismo había llevado muchos desde las casas de locos, o de las inclusas.»

⁴⁴ MARCO, J., «Un dedo en los labios», en *ABC Literario*, s.p.

Joaquín Marco señala que no es de extrañar que la realidad reflejada pase a la compasión, con lo que se observa, y coincida con la España rural –volveríamos al «tonto» del pueblo que ha salido ya en otros libros–, con un pasado oscuro en el que cabe inscribir las atrocidades de la guerra civil, los chismes y la óptica de una clase media provinciana que prejuzga y mantiene ribetes de crueldad al tiempo de enjuiciar a las personas de su entorno.

Y es que en el pasado más remoto y hasta en el más rabioso presente, Jiménez Lozano sabe descubrir el valor de un humanismo soterrado, sea cual sea la condición social del personaje. Su capacidad para narrar en escogidas y bien cultivadas palabras meros ejemplos morales, como si de miniaturas se tratara, convierte la lectura del libro en un verdadero placer estético.

6.9. Cuadernos de letra pequeña ⁴⁵

Es lo último que hemos leído de nuestro escritor abulense afincado en tierras vallisoletanas.

José M.^a Pozuelo Yvancos dice que José Jiménez Lozano ha escrito estos apuntes para resistirse al estereotipo, para denunciar una y otra vez la necedad, irrelevancia o perfidia que se esconde en los hábitos del hombre contemporáneo, lo mismo quien milita en los fáciles predios de lo «políticamente correcto», que quien sigue las llamadas «industrias culturales» de hoy o las pedagogías transversales, decididas a arrasar cuanto requiere pensamiento, sensibilidad o esfuerzo ⁴⁶.

Pozuelo Yvancos no duda en calificar este libro de «hermoso y radical», en realidad se trata de una selección de «apuntes» que seguramente han sido pergeñados en distintos tiempos y muy distintas circunstancias. Parece como que han sido escritos entre 1993 y 1998. Con ellos ha entregado a sus lectores un libro hermoso, quizá el más radical de los suyos, pero hermoso por eso mismo, por no haber evitado que su apuesta por una individualidad no sometida a las leyes políticas, del mercado, o a las transacciones de la cultura del consenso, sea

⁴⁵ JIMÉNEZ LOZANO, J., *Cuadernos de letra pequeña*, edita Pre-Textos, Valencia 2003.

⁴⁶ POZUELO YVANCOS, J. M.^a, «El D. del anacronismo», en *Blanco y Negro Cultural*, 15-3-2003.

clara e innegociable, como puede serlo ya sólo quien confía en ser entendido por los pocos que comparten esa condición de supervivientes raros, extraños, apartados con sabios libros juntos ⁴⁷.

Bajo el señuelo de un «*Diario*», estamos ante un libro de vivencias entrañables, apenas esbozadas, pero que proporcionan, como en paradoja, tenues y a la vez intensos contrapuntos de emoción «portentosamente feliz», de carácter lírico, al otro registro, al que evoca una cita leída de un autor raro o poco corriente, de esos que Jiménez Lozano rescata del desván de la cultura.

Son como pinceladas maestras que va extrayendo de la memoria y que nos hace ver su gran cultura y lo mucho que ha leído este hombre.

Son reflexiones morales («un apunte moral»), una perplejidad sorprendida a un clásico latino, una contradicción entrevista en el conde Tolstoi, la lucidez arrancada a hilos disjuntos de Hanna Arendt o Simone Weil, el rescate de Romano Guardini, el lamento por la muerte de Levinas, pero con una despedida...

Podríamos decir –como sugeríamos antes– que se trata de un «*Diario no íntimo*», pues nada de su intimidad se trasluce aquí; aparte de que el «*Diario*» ofrece siempre un yo, un poderoso yo construido, sin embargo, en la diferencia, que la hay, entre intimidad e individualidad.

Porque «puede ofrecerse una opción individual defensora de la interioridad y de pensamiento propio, profundamente comprometido en lo fundamental con sus ideas y convicciones cristianas, sin ofrecer intimidades».

Al mismo tiempo, *Cuadernos de letra pequeña* es un libro que acusa la situación del hombre contemporáneo, la política, los horrores promovidos por utopías supuestamente liberadoras, y más, hay páginas sobrecogedoras sobre la condición humana –tema éste tratado en varias de sus obras, pues le va como anillo al dedo–, de cuya lectura no siempre es consuelo que se confronten, y confirmen, con pensamientos de clásicos avisadores como Pascal –acaso el autor más preferido de Jiménez Lozano–, Shopenhauer, Kierkegard o Nietzsche, que lo tuvieran advertido.

⁴⁷ IBÍD, *l.c.*, p. 11.

De todos modos, con Pozuelo Yvancos, nos quedamos con la imagen de la historia contada por Pierre Grimal allegada en página veinticuatro: quienes eran excepción a la técnica del progreso, y estuvieron atentos a la vibración de la cuerda, eran más avanzados, ganaron el futuro. «Aunque me temo que Jiménez Lozano, a la altura del 2003, lea ese texto de 1993 con una leve sonrisa, mientras, eso sí, azulean ya las mañanas primaverales y es más intenso el perfume de las lilas.»⁴⁸

6.10. Guía espiritual de Castilla⁴⁹

De intento hemos dejado este libro para el final, en primer lugar, porque es muy distinto a los demás, aunque pueda entrar en la denominación de Ensayo; pero en segundo lugar, porque es un regalo a los ojos y más al corazón de quien lo lea.

Las tierras y las gentes de Castilla han calado hondo en la obra de José Jiménez Lozano.

El fue uno de los colaboradores de primera mano y más eficaces en el gran proyecto de *Las Edades del Hombre*. Con su ayuda se puso en marcha lo que acabaría por constituir uno de los eventos culturales de Castilla y León, que se ha mantenido en el tiempo y que, para quien ha visto las distintas exposiciones en otras tantas ciudades de la Archidiócesis, se han ido superando, pasado el «boom» de la primera en Valladolid.

Sin duda que su obra literaria aparece indisolublemente unida a su tierra castellana y en la parte más recia de todas. Su lenguaje, junto al de Delibes, pasa por ser uno de los más apegados a la tierra. Pero existe, para nuestro gozo, un título de referencia en esos vínculos: *Guía espiritual de Castilla*.

Ilustrado con imágenes de Miguel Martín y editado primorosamente por «Ámbito», constituye un libro nada al uso dentro del género. Lozano propone en él un viaje más interior –espiritual– y ético que físico, también escéptico, por la Comunidad y a partir del paisaje.

⁴⁸ IBÍD., *l.c.*, p. 11.

⁴⁹ JIMÉNEZ LOZANO, J., *Guía espiritual de Castilla*, edita «Ámbito», 3.^a ed., Valladolid 1993.

José Jiménez Lozano, erasmista, jansenista, progresista y liberal ha recorrido la historia espiritual de España demostrando un gran conocimiento de la misma.

Por lo que *Guía espiritual de Castilla*, como acertadamente escribe José Luis L. Aranguren, es un espléndido regalo, un objeto precioso de arte y literatura, y también es una –muy peculiar– guía de Castilla, no para uso del turista convencional, sino para el lector viajero que le lleve.

Sin ser historiador, bien pudiera ser considerado como un discípulo de Américo Castro y denominarse su libro «Castilla en su historia».

Admirador de Santa Teresa de Jesús y más todavía de San Juan de la Cruz, Jiménez Lozano nos ofrece un libro hermoso, y al mismo tiempo sencillo, en un estilo clásico y natural, de como se habla en Castilla y de como se hablaba en tiempo de los dos grandes místicos citados.

Y es justamente desde esta perspectiva popular, en el mejor sentido de la palabra, «cómo la mirada despaciosa y atenta y la fina sensibilidad del autor captan el sentido último del pequeño monasterio, por ejemplo, de San Baudelio de Berlanga, y los libros que llevan el extraño nombre de *Beatos*; el románico de ladrillo, mudéjar o sencillamente islámico; la teología esculpida, menor de pretensión, pero no en hondura, a veces *lúbrica*, y con frecuencia burlesca y lúdica; el cisterciense castellano, bello «por lo que no hay en él»; el gótico comunal de los grandes municipios o pequeñas ciudades de Castilla; la afinidad oriental y, por tanto, para la lectura de la Biblia de nuestros escrituristas del siglo XVI; la gravedad inmensa del Cristo de las Claras, de Palencia, el cristo de tierra que no resucita, y la del resucitado que está en Covarrubias, tan tremendo como aquél»...

Hablar de amores. Que no es hablar de arte, ni paisaje, ni siquiera de recuerdos. Hablar de amores –escribirá José Manuel García-Verdugo–, que no es dejar de lado lo sabido, lo leído, lo escuchado, y caminar, a corazón desnudo, por la entraña misma de lo propio.

Guía espiritual de Castilla es un libro «del sentimiento, aunque en él haya tanto de pensamiento lúcido, de reflexión profunda, como en toda poesía verdadera. Experiencia única ésta de dejarse llevar, a través de las páginas de la Guía, de la mano de un experto en travesuras genealógicas, de un catador de pociones legendarias, que revela lo inconfesable, amparado en la impunidad de su fuero político.

Como leemos en la *Introducción*, esta «Guía espiritual de Castilla es algo muy sencillo: digamos que las glosas y confidencias que pueden surgir espontáneamente al peregrinar por esta tierra, disfrutar sus bellezas artísticas y evocar su memoria histórica».

No se trata, por lo tanto, de una guía turística, pero tampoco de ninguna clase de documentalismo académico, y, mucho menos, de propuestas interpretativas e inútiles acerca de lo que Castilla sea.

En este libro se ofrecen simplemente algunas claves y mediaciones para acercarse a las expresiones del arte o a la vida misma de nuestro pasado, que obviamente es «res nostra» con la que se une nuestra existencia de ahora mismo.

El texto, sin notas explicativas, queda resueltamente iluminado, sobre todo por visiones e imágenes que en su belleza tratan de desvelar a quien las contemple un cierto rostro más profundo de esta misma Castilla, que las palabras no podrían alcanzar. «Son la pupila de este libro».

Castilla se va entretejiendo, como ocurre con España entera, sobre un cañamazo cultural muy complejo, pero en el que destaca de manera singular el fragor de las luchas con los islámicos y las largas paces en convivencia con ellos.

Por algo escribió Jacques Fontaine que «del neolítico a los almohades la presencia frecuentemente agresiva de África es un dato tan fundamental para la geografía como para la historia hispánicas».

Esa historia, acaso desconcertante, pero que quizá sea la clave de toda una existencia como la castellana, tanto en hechos bílicos como espirituales.

Es la historia, por ejemplo, de San Millán de la Cogolla o de San Baudelio de Berlanga, que comienzan casi como un cuento oriental: «Con un manantial de agua fresca y una gruta, y unos árboles en torno. Y un ermitaño o morabito que allí habita, naturalmente.»

En la frontera, bíblica una vez, y pacífica en otras, entre islámicos y cristianos hay atalayas y almenaras o alcázares: es decir, palacios o campamentos militares...

¿Y qué hace aquí una palmera —se pregunta el autor del libro—, a orillas del Escalote, en este clima riguroso? Es pura teología, un sím-

bolo paradisíaco: la sombra y la frescura tras el arduo caminar que es la vida...

Jiménez Lozano describe el edificio de San Baudelio de Berlanga, concebido como un gran árbol de piedra, cuyas ramas sostienen el cobijo de la techumbre: son los nervios en que se despliega una columna que se abre en arcos de palmera y muestra su blanco tronco salpicado de rudos puntos rojos, «como en un sarpullido de vida, un goteado de Pollock»⁵⁰.

Se detiene, más adelante, en los *Beatos*: el de Valcabado, el de Gerona, que «son los grandes libros que Castilla ha dado al mundo, como este monasterio lo es su Sixtina —una palmera da acogida y sombra a los bienaventurados que bajo ella se abanicen o, agitando palmas, vitorean eternamente la gloria del Cordero»⁵¹.

Disfruta con las pinturas mozárabes, con sus temas muy variados y escenas de caza en distintos momentos.

Se fija y estudia también los hombres ilustres, nacidos en esos lugares que describe. Como, por ejemplo, Fray Tomás de Berlanga, obispo de Tierra Firme, o Castilla de Oro: Panamá que trajo a Castilla un caimán o gran lagarto de Indias. «Quizás un dragón para las fascinadas mentes de los castellanos de entonces. Fray Tomás de Berlanga, que introdujo en América el cultivo de los plátanos guineanos y en España el de los tomates.

Pero sobre todo fue famoso porque fue el descubridor de las islas de los galápagos, que debieron sorprender a sus primeros visitantes, como le sorprendió a Darwin trescientos años después, en 1835.

San Baudelio de Berlanga es el polo paradisíaco y edénico; pero en San Miguel de la Escalada y en San Millán de la Cogolla, en Tábara, en Valcabado o en Liébana nos encontramos con el otro lado radical y terrible del *Apocalipsis*. Es decir, con los Beatos, estos libros llenos de terrores y luchas atrocísimas y últimas, pero en las que, al fin, el Dragón del Mal y la Bestia que surge del mar, y la Mujer vestida de rojo que significa todas las abominaciones y el poder de este mundo que ostentan los tiranos, son vencidos.

⁵⁰ IBÍD., *l.c.*, p. 16.

⁵¹ IBÍD., *l.c.*, p. 19.

Es curioso observar que los treinta y dos ejemplares que han llegado hasta nosotros, veintidós están ilustrados con esos «comics» bárbaros y «fauves».

Santiago de Peñalba es un prodigio en un rasgo genial de su constructor. Peñalba oculta su belleza allí donde las águilas hacen sus nidos; que por eso estos montes se llaman «Aquilianos».

Aquí descansa Gennadio, el fundador de esta casa, obispo que fue de Astorga y renunció al episcopado bajo unos preciosos arquillos.

El triunfo de las huestes cristianas frente a las islámicas no supuso la ausencia de África en España. Es más, el Islam vencido islamiza, aunque en parte sea luego un Islam cristianizado.

Y volvemos de nuevo a la gruta junto al río, y árboles y un anacoreta. Como ocurre en San Frutos, que habitó las cuevas de Siete Altares, que aún nos muestran leves incisiones coloreadas en los muros de tierra.

Estos hombres solitarios fueron admirados como verdaderos leones invencibles por el Malo, y en seguida utilizados como intercesores celestiales.

Y vendrá Benito de Nursia a refugiarse en la montaña de Subiaco, para buscar a Dios en el retiro y sosiego de la naturaleza, junto a otros hombres, regidos todos ellos por una norma como la Regla.

Guía espiritual de Castilla va recorriendo, de la mano experta del autor, el arte románico de piedra, describiendo sus edificios y ahondando en su sentido teológico y simbólico.

La maravilla del *Pantocrátor*, para terminar diciendo que el románico no es un estilo, sino una estática determinada por una visión del mundo: la teológica.

Y juega con el asno «como coprotagonista de muchas historias bíblicas. Y en los modillones vemos a Dios en actitud de bendecir a Adán y Eva, el halago de la serpiente, el ángel armado con una espada, que los expulsa del paraíso...

De igual manera, Jiménez Lozano estudia el «románico de ladrillo», con sus artesonados geométricos, filigranas de arte representando el paraíso.

A cambio del *Pantocrátor* de piedra, tenemos el *Tahull*, imponente, figura mayestática y distante, herencia carolingia.

Nos encontraremos, asimismo, con la casa mudéjar, casa pobre, pero ahí está el castillo de Coca, mansión de los Fonseca, donde la fantasía de la ornamentación muestra todas las posibilidades técnicas y manieristas de este arte de ladrillo.

Nuestro Premio Cervantes se lanzar después al estudio y descripción del Císter, «una tenaz empresa de despojo y desnudamiento, porque Bernardo de Claraval no se sentía a gusto en medio de la riqueza monástica».

No dejan de resultar curiosas las siguientes expresiones de nuestro autor de *Guía espiritual de Castilla*: «el Císter –declara– inventa la democracia parlamentaria como el único modo racional de vivir en colectividad los hombres, y lo que se llama el estilo cisterciense en arquitectura, o «la granja cisterciense» en la explotación de la tierra, combinada con la cría de ganado y la silvicultura».

En las iglesias del Císter habitará la luz, porque se abrirán vanos y no habrá cristaleras de colores, y se podrá leer, y Bernardo invita, por ello, a la reflexión interior en vez de llenar los ojos de figuras.

Jiménez Lozano alaba la organización de estos monjes, que con su trabajo fundaron y crearon verdaderas «granjas agrarias», la empresa agraria, o granja cisterciense. «Hay que volver siempre a estos claustros y a estas salas capitulares, a la luz de estos claros ventanales, que hacen un ascua del ábside en sus monasterios.»

Para quien conoce la vida monástica benedictina o cisterciense, los capítulos dedicados a este tema no le dicen gran cosa, pero un monasterio es un lugar de oración y de trabajo, y para esta doble tarea nació así que en torno a ella se distribuía la jornada en estas casas. Pero, por supuesto, también allí se dormía y se descansaba, se charlaba y, sobre todo, se leía. De ahí que conserven –o conservaban– ricas bibliotecas.

Capítulo interesante y muy curioso es el que trata de las juderías de Castilla. Que Castilla también es una sociedad oriental desde la coexistencia de tres etnias, tres religiones y tres culturas –«las tres naciones»–, como se decía en el Medioevo, que obligaba a la tolerancia.

Estudia a fondo las luchas y las turbulencias habidas por causa de este vidrioso tema y cómo la reina Catalina de Lancaister ordena que los judíos vivan en barrios separados del núcleo de población cristiana. Son los famosos «*ghettos*».

Hoy resulta hasta una delicia deambular por estos barrios judíos, de estrechas callejuelas, dejándose penetrar por la memoria del pasado y haciéndolo «*res nostra*»: cosa nuestra.

Pero sabemos de los intercambios y relaciones mutuas en los juegos y aun en ceremonias religiosas, y cómo las cristianas se visitaban en sus largos «post-partos», y se cambiaban los platos preferidos.

La cosa se puso peor con el «problema morisco» a finales ya del siglo XV. Mas con todo y con eso, estos cristianos hebreos o árabes hispanos «podían entender mucho más profundamente que el resto de los cristianos occidentales el “*pathos*” político y los matices antropológicos o culturales que hay en la Escritura, cuando no era esta misma Castilla la que en el plano del “habitat” urbano o en el paisaje rural se tornaba una transposición de ese “habitat” y ese paisaje bíblicos: el rastrojo de Ruth, el pozo de Rebeca, las argucias de la amada del *Cantar de los Cantares*, cuando para salir al encuentro del amado dice que desciende “al huerto del nogal por ver los frutos de los valles, y ver si está en ciernes la vid, y ver si florecen los granados”, como traduce fray Luis, tan bellamente y a tan alto precio por tanta belleza»⁵².

En las últimas páginas del libro, Jiménez Lozano exclama: ¡Qué lejos están los sepulcros de estos amantes del Barroco! Y, aunque ciertamente hay en la última Edad Media una especie de infantil malhumor y pataleta por el hecho de que la vida humana no sea eterna, todavía no se convierte en melancolía ese gusto a ceniza y esa dura experiencia de brevedad.

La muerte se presenta ahora entrando con el ataúd en las alcobas burguesas, y corta en seco la vida. ¿Qué podía hacer el pobre burgués, tan atado a sus guantes rojos y a sus sedas o joyas, sino calumniar a la belleza y a la vida acusándolas de falsas?...

⁵² IBÍD., *l.c.*, p. 174-75.

Y leemos como epitafio:

«Este Cristo español que no ha vivido,
negro como el mantillo de la tierra,
yace cual la llanura,
horizontal, tendido,
sin alma y sin espera,
con los ojos cerrados cara al cielo,
avaro en lluvia y que los panes quema.»⁵³

No podía faltar el recuerdo a la tumba, en Fontiveros, de Juan de Yepes.

Y otro recuerdo para la luz y los rincones de las catedrales góticas, «arte civil y no teológico por lo menos en un sentido»: es un arte de las ciudades y no de los monasterios.

A Jiménez Lozano le enamora Ávila y la recuerda con el poeta Keats, que casó en esta ciudad a su hermana Fanny.

Y termina diciendo que, si entramos en Castilla por un arco de herradura, por otro arco de herradura hemos de salir, aunque éste sea preislámico, pero también como un ojo entre el más allá y el tiempo: peregrinando a las estancias de Baños de Cerrato o San Pedro de la Nave, cuya hermosura cautiva por sí sola, por sus logradas formas de belleza, con el profeta Daniel echado a los leones o el sacrificio de Isaac, que están esculpidos en sus capiteles...

⁵³ IBÍD., *l.c.*, p. 198.